

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Sumario

Plácido Bravo: Herencias indirectas.

Severino Campos: Vibraciones de temple anárquico.

Felipe Alaiz: Lérida, confin de Poniente.

Campio Carpio: Argonautas de ideal.

Abarrategui: Alas sin cielo.

F. Ocaña: De Schumman y Vatzlav Nijinsky a nuestros días.

Un cuento de Tolstoi.

Fontaura: La herencia intelectual de Kropotkin.

Han Ryner: La bellota generosa.

Elena Key.

Miguel Celma: La vida y los libros.

Denis: El filántropo.

J. Ferrer: Mazazo a la masa.

Uscatescu: «Habeas mentem».

145

ENERO · 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 PT



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

«Manneken - pis»

En ese mes de enero, plagado de acontecimientos graves, la opinión internacional vivió unas horas de «suspense» porque había desaparecido el «Manneken-pis», que desde hace muchos años alegra y pone una nota curiosa en una plazuela de Bruselas.

Es realmente insólito que, en el ambiente estricto y puritano de la vieja capital, sobre todo si tenemos en cuenta el año en que fué erigido el gracioso monumento (1619), ese niño desnudo, orinando con tranquilo impudor, durante tres siglos y medio, a la vista de todo el mundo, no haya suscitado en ningún momento protestas.

No hace mucho, un grupo de estudiantes católicos destruyó unos desnudos que decoraban cierta plaza de Lyon. En Bélgica, el desnudo casto y original del niño, haciendo manar el agua de su pequeño atributo viril, no ha suscitado jamás ninguna ola de pudor. Los bruseleses, por el contrario, lucen con orgullo su «niño meón» al que visten solamente con divertidos disfraces en los días de fiestas solemnes.

El escultor Duquesnoy consiguió inmortalizar la infancia, en toda su inocencia y belleza, en la pequeña estatuilla de bronce que a tantos curiosos atrae.

El «Manneken-pis» apareció al cabo de unas horas. Unos estudiantes se lo habían llevado, en el curso de una broma, en la que se hicieron apuestas. Se encontró al niño meón sano y salvo. Y de nuevo vuelve a decorar la plazuela bruselesa, esperando que el frío permita que nuevamente el agua mane, inocente y pura, de su pequeño órgano, que hasta ahora nadie ha pensado en esconder ni en disfrazar...

¿Qué ocurriría si el «niño meón» decorase alguna plazuela española?

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

GENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Enero 1963

Nº 145

Herencias indirectas

NO se puede decir, científicamente, que los dones y facultades intelectuales sean intransferibles por vía directa, por el canal hereditario, a través de la célula original constitutiva del nuevo embrión. No se puede decir esto, si se acepta luego, que nuestra constitución y composición físico-química es, en parte, trasunto hereditario, innato; pues harto sabido es que hay indestructible entronque entre lo material físico-químico y lo espiritual psíquico-psicológico.

Ahora bien, lo que ocurre es que el determinismo hereditario nada tiene de simple, ni puede escapar al concepto relativista hoy tan en boga y por demás justificadísimo; bien al contrario, muy complejo de por sí, por desconocer dicho proceso biológico en sus múltiples facetas, dicho determinismo resulta indeterminado embrollo científico para el hombre de hoy, quien poco ha logrado en profundidad después del descubrimiento de las leyes mendelianas.

Por otra parte no se debe incurrir en la confusión grosera consistente en meter en el mismo saco facultades, virtualidades y probabilidades — que como indica su etimología son facultativas, virtuales y probables — y el hecho consumado ya, la virtud alcanzada y la prueba verificada. Es decir, que el hijo de Picasso, por ejemplo, podrá tener al nacer las mismas facultades pictóricas del padre, podrá inclusive heredar sus pinceles, su técnica, sus lecciones y sus galerías, sin que por ello — y quizás por ello — llegue a ser otra cosa que el hijo de Picasso. Un débil reflejo paterno cuyo brillo lo debería a la fama del padre, a los bienes y a las relaciones de su frondoso genitor.

Consideraremos como herencias indirectas la fortuna inesperada cableografiada por una agencia bancaria después de abierto el testamento del tío americano? ¿La del billete premiado por la lote-

ría? ¿La herencia de unos desheredados huérfanos, cuyo padre cayó en la lucha?

Hay de tantas suertes, que es preciso puntualizar para no salirnos del marco espacial atribuido a un artículo periodístico.

Así que empezaremos por declarar esto: es tan inmenso el patrimonio social que, pese a todos los desahucios, estafas y desafueros consentidos y promulgados por esta sociedad maligna y avarienta, hay materia para no sentirnos pobres ni dejarnos invadir por la tristeza. Por todas partes se acumulan enormes riquezas, de todas partes afluyen nuevos tesoros.

¿Y por dónde empezar para justificar lo expuesto? ¿Por el museo repleto de obras artísticas? ¿Por la biblioteca rebosante de ejemplares literarios? Dejémoslo. A lo mejor no sabemos por dónde concluir luego. Mas lo cierto es que estas puertas no están cerradas. Y no menos cierto que las de los cabarets y bares están de par en par abiertas. No mentemos — por no topar — las de algunas capillas que ni de día ni de noche se cierran.

Sí, cada día aumenta nuestro patrimonio con nuevas aportaciones, se acrecienta con excavaciones y exploraciones que descubren grutas en donde dormían tesoros rupestres, que por cierto dejan un tanto malparados a ciertos precursores, tenidos por genios impresionistas.

Los libros se dan, se ofrecen, deambulan permanentemente. Ciertó que algunos se queman; que otros no se escribirían jamás habiendo quien los tiene esbozados en su mente, y otros escritos que no se harán, pese a las ansias devoradoras de algunos interesados.

Pero no hay que desmayar.

Se van acumulando experiencias — algunas en vano, lo concedemos fuentes de ciencia. La ciencia lo transforma todo, algunas veces con daño, también es cierto.

A nuestro alcance los diálogos socráticos, la sin-

fonía de Beethoven y el poema wagneriano; el lienzo de Rubens y el capricho goyesco; las enseñanzas éticas de Kropotkin y de Maeterlinck; las lecciones de Tolstoi y las de Gandhi, etc.

Biografías selectas; monografías instructivas; introspecciones y exploraciones agudas van dando remate a lo hasta ahora rodeado de misterio y explotado como milagro. Lo que no quiere decir que estemos ya al cabo de la calle que no tiene fin. Pero que indica que pisamos terreno firme.

Son éstas las riquezas a que nos referimos y que catalogábamos como herencias indirectas y además indestructibles.

Ahora bien, estas herencias tienen esto de común: son fecundas, multiplicables y hasta el infinito, gratuitas, universales y por mucho que se usen no se gastan.

Fecundas porque levaduras del pasado nos ayudan, con sus fermentos, a amasar el porvenir.

Multiplicables por su deber reproductivo inagotable.

Gratuitas, porque quienes nos las legaron son acreedores pacientes que jamás reclaman intereses. Es decir, sí, un mínimo de interés, un esfuerzo sostenido de nuestra parte, pues colocadas en lo alto preciso es elevarnos para alcanzarlas. Las deudas que con tales deudos contraemos son de las que no se saldan si no es haciéndonos acreedores nosotros de generaciones nacientes.

Universales porque trascienden toda limitación: clasista, racial y nacional; y si la confección laboriosa pudo ser obra de muchos, van dirigidas a todos. De ahí la necesidad de una socialización inmediata de tales bienes, y la perentoria obligación de desarrollar la personalidad de cada uno para poder gozarlas sin restricciones.

No se usan, por ser fluido eterno que se renueva automáticamente.

Un tanto engreído, con su peculiar estilo ampuloso, Víctor Hugo lo dijo en verso:

« Elle avait faim, j'ai mis mon livre sous sa dent.
Et j'ai dit à ce peuple altier, farouche, ardent,
A ce peuple indigné, sans peur, sans joug, sans [règle,
J'ai dit à ce Paris, comme le kléphte à l'aigle:
Mange mon cœur, ton aile en croitra d'un em-
[pan. »

Y el libro, pese a ser devorado por aquella multitud de revolucionarios hambrientos, ahí queda, para pasto de generaciones venideras.

Son estas herencias que no se distribuyen como el título, el harén y la hacienda; o como el cáncer, la sífilis y la locura, es decir, automáticamente, las que a nadie arruinan y a todos enriquecen. Herencias indirectas.

PLACIDO BRAVO

Reflexionando

Griterio.

Al hablar en voz alta — decía Musil — puede uno hacerse oír, pero al hablar en voz baja puede uno hacerse escuchar.

Lo abstracto y...

abstracto se vuelve uno por impotencia creadora
...y lo concreto.

« Al envejecer hay que cuidarse de hacer locuras con el pretexto de que en la juventud se hicieron tonterías. — PAGNOL.

Vibraciones de temple anárquico

NUESTRA faceta histórica es una encrucijada de tendencias políticas, efervescentes todas ellas, hasta el extremo de ser imposible una coordinación de sus bases esenciales. Aunque se hace más perentoria la necesidad de un equilibrio, de una ordenación que garantice energías y sugerencias lograrlo con los materiales que presentan las tendencias señaladas.

Ningún contacto tienen con nuestro caudal sugerente. Tampoco con nuestra proyección social. Y lejos de vislumbrarse recursos de entente, las incompatibilidades entre ellos y nosotros surgen y adquieren cada vez mayor envergadura.

El anarquismo tiene marcados cauces propios para conducirse. También tiene prevista una solución al problema general de la Humanidad. En lo uno y en lo otro diferimos de todas las proyecciones que se agigantan en el convulso vaticinar político. Fundamentalmente y aparentemente no hay ningún rasgo que nos pueda confundir. La piro-técnica verbalista dejó de hacernos ilusiones.

Comprendemos lo que vale la Humanidad; sabemos también de qué dispone. Basados en esa comprensión, no decimos que es la hora de integrar todas las manifestaciones de valor social a la zona cumbre de nuestra filosofía. Decimos sí, y tenemos la convicción, la seguridad de estar en lo cierto, que la Humanidad puede y debe anarquizar una gran parte de los factores y situaciones de la vida social.

Nuestra faceta es de realizaciones. Y éstas, a despecho de tangentes inhibitorias, han de ser anarquistas o nada valdrán para la historia. Tanto peor para todos si no apartamos los obstáculos que a ello se nos presentan. Aumentará la miseria; cundirá la desesperación; se acrecentará y densificará el campo de la violencia.

Hay que evitarlo. Las soluciones anarquistas son el único lubricante para que la sociedad humana marche suave y ordenada. ¿Medios para conseguirlo? En nuestra persona radican.

La vibración anarquista debe llegar a todos los ámbitos. El verbo y la acción, dimanantes del pensamiento libertario, han de agitarse constantemente. Contrarrestar la propaganda nociva de las corrientes políticas, al mismo tiempo que exponer y practicar los objetivos, es indispensable sean dos líneas paralelas.

Nada de razonamientos dilatorios. Apremian las soluciones. Dondequiera que se levante la tesis transitoria, la réplica de nuestras soluciones no ha de hacerse esperar.

Con entusiasmo, porque en el temple anárquico

es el fuego sagrado de la justicia lo que cuenta; con valor, porque no hay ningún anarquista que sea cobarde para propagar sus ideas y arrostrar la responsabilidad de las mismas.

El ardor de nuestros sentimientos no puede ser eliminado por ninguna tempestad, y menos todavía por ninguna ola de confusión. Somos superiores a lo uno y a lo otro. Al temple anarquista no hay ruido ni golpe que lo desvalore. Vibra siempre con el mismo sonido y dispone de la misma fuerza de resistencia. Y la comprensión del nombre libertario supera a todas las situaciones y grados de confusión.

Húndase todo lo que deva hundirse. Y cuanto más pronto mejor. Quedando a salvo el anarquismo, la felicidad humana está segura.

Pero no es cuestión de remitirse a la buena de circunstancias imprevistas en espera del naufragio total de lo que ya no tiene ningún derecho a navegar. Los buques que van a la deriva, sin rumbo fijo y laudable, es un problema de ética y utilidad social derrumbar su proa para que vayan a pique con todo su cargamento. Nada valen y ningún respeto deben tener.

Es tarea de constancia. Nunca tuvo la historia momento que reclamar como ahora las soluciones de carácter libertario. Y nunca, como ahora, los sentimientos ácratas están en el deber de vibrar intensamente y afianzar terreno.

Las soluciones de nuestro pensamiento social deben dejarse sentir. Ante el caos presente, producto de imposturas y traiciones políticas, la Humanidad espera una solución. Y ésta, la que puede satisfacer las ansias nobles; la que puede equilibrar al mundo; la que a todos los rostros humanos puede llevar expresión alegre y de confianza, es la solución anarquista.

No hay otra; no la habrá en la órbita del Estado y del capitalismo. Y antes que someterse a nuevas pruebas en el molde de sistemas gastados e inutilizados, hay que probar el valor moral e intelectual del anarquismo.

Nos reclama el momento histórico como jamás se vivió; nos precisa la Humanidad para que la saquemos del marasmo infernal que ha producido el sistema capitalista, quien se ha valido y seguirá valiéndose, de todas las formas de interpretación política.

No nos podemos negar. Nos debemos a una tarea, a un fin de justicia social, y el momento no puede ser más apropiado para fecundar y materializar la imagen de nuestros anhelos.

SEVERINO CAMPOS

LA PALABRA AL MAESTRO

Lérida, confín de Poniente

DESDE cualquier comarca catalana interior o litoral, Lérida es el lejano Poniente con su sol cansado y sus castillos. Como un burgo alemán creció la ciudad a orilla del río. Lérida no tiene muchas fábricas pero tiene huertas y castillos como si fuera un territorio feudal rezagado. Visidad las ciudades catalanas típicas: Olot y Vich, fuera de los días de mercado; son silenciosas y apacibles; Manresa, Tarrasa y Sabadell tienen poco callejeo y observáis la austeridad que significa la ausencia de todos, que son los que trabajan: Reus, Tortosa y Lérida alteran la realidad catalana; Lérida sobre todo con su rua torrencial, mercado perpetuo y a ciertas horas del atardecer mercado intransitable.

¿Es que no se trabaja en Reus, en Tortosa ni en Lérida? Se trabaja como en otras zonas de Cataluña. Lo que pasa es que el temperamento leridano tiene, más que el de Reus y Tortosa, una fonética abierta y una predisposición, no menos abierta, al tránsito en bloque por la calle. Es una parcela, su calle Mayor, del costumbrismo tradicional, saludablemente escéptico, propicio a la pequeña algarazara de vecindad y al grupo ambulante desde el cruce de la empinada calle de Caballeros con la Mayor hasta el Ayuntamiento.

Lérida es como Tortosa, huerta espesa con verdes tiernos perpetuos. No respira miseria ni abundancia, sino mediocridad, sólo a ratos burguesa. Y respira, sobre todo, una independencia descuidada, falsa, indiferente, hecha de diálogo eterno y de conformismo fácil. El mayor caso de laicismo del siglo pasado, después de Sunyer y Capdevila, se dió en Lérida, con el descreído Castells. El caso más insistente de espiritismo se da en Lérida, en este siglo de las Torres. Laicismo y espiritismo florecen en Lérida a los cuatro vientos a pesar de la apariencia vaticanista de su vida, de la misma manera que compite Lérida en comunismo antibolchevique con Moscú y en gitanería con el Danubio.

Lérida es un Hyde Park donde todas las teorías tienen auditorio si las explana un trasnochador con cara de amigo y no se difunden con gestos inquisitivos. De seis a ocho de la noche, la calle Mayor de Lérida era el espacio más poblado de Europa y la Academia popular más independiente del mundo. Se podían vocear « Las doce pruebas de la inexistencia de Dios », los títulos de publicaciones anarquistas y hasta las supuestas excelencias del rosario. Todo resbalaba sobre la indiferencia de los paseantes, indígenas o arraigados. Si hay al-

gún forastero querrá escandalizarse en un sentido o en otro, pero los leridanos no dejarán que se escandalice repitiendo el gesto clásico de la tolerancia risueña hecha tal vez con sabiduría secular. Los curas son verdaderamente los descreídos, y predicar descreimiento en Lérida es llevar sal al mar. Lo interesante tendría que ser, en todo caso, el ejemplo laico y no la palabra. Pero entonces los tonsurados se harían amigos del relapso y lo bendecirían no en nombre de ninguna virgen, sino en nombre de Venus. El que no ha visto las procesiones amoratorias y burlescas de Lérida presididas por clérigos rozagantes con el bonete de medio lado, no ha visto nada.

Dos castillos tiene Lérida. Uno es catedralicio y ostentoso. En él había obras de arte cubiertas de yeso. Los leridanos creyeron siempre que el yeso era tan bello como la obra de arte; presentían que el yeso y la cal son ya obras de arte en sí, y que no es menos noble la mano que los fabrica que el autor de retablos. El otro castillo es un residuo templario. De vez en cuando salen de sus murallas toques de corneta pero nadie hace caso en Lérida de toques de corneta ni de nada.

Lérida carece de historia. Dicho sea en elogio suyo y a pesar de sus cronistas oficiosos que no han visto en la indiferencia el principio activo de Lérida. Unos han querido vincular la ciudad a la política oficial de Cataluña, otros a la de Roma, pero han fracasado en absoluto al hacer votar en chungu. Lérida tiene fisonomía propia. Los artistas inteligentes de Lérida han sido internacionales o leridanos, no catalanes ni españoles. Malats y Granados, como el gran guitarrista Pujol, no me dejarán mal. Granados era un tanto polaco por su afición a Chopin. Morera Galicia fué tal vez el mejor intérprete de Shakespaere y seguramente el político de Cataluña menos preparado respecto a cuestiones concretas porque vivía a mitad de camino del infinito, es decir, en perpetua euforia leridana. Su hermano, el pintor ¿de quién era discípulo? de Haes. Tenía algo de holandés. Y un pintor como Viladrich, firma internacional, no pudo vivir en Lérida porque no comprendió la eterna diferencia leridana ante los dioses pintados o no como ante los dramas de Echegaray.

El espíritu tradicional de Lérida pretenden tenerlo unos cuantos hombres de los que en la provincia se llaman patricios y en Barcelona o Madrid toman café con leche en público muy azarados. Luis Roca y Florejachs cantaron en prosa y en verso las tradiciones leridanas, sus fastos, escasos y espaciados. ¿Para qué? Los bordeleses que

Hegaron a pelear por Napoleón a orillas del Segre se encontraron en Lérida como en Burdeos y los hijos de la Auvernia como en Clermont-Ferand.

La patria de los leridanos, que perdieron todas las batallas, no es más que el buen tiempo y la conversación agradable, que tiene algo de gorjeo. Un Renyé Vidalot pudo ser tan catalanista en plena castellanización de Lérida que no escribía más que en catalán hasta los recibos que entregaba a sus colonos, pero los pagos los aceptaba en sonantes y madrileñistas duros de Amadeo. Un Gaya Tomás, leridano adoptivo, podía ser elemento tradicionalista foral pero otorgaba sus instrumentos en castellano de Valladolid y toda su ciencia la reducía a defender a los amos de la riqueza. Como Simón Ponti, otro leridano de adopción, pues había nacido en Manresa. Hubo en Lérida muchos hombres de ciencia y eruditos; lo que más abundaba era la poesía. Un Agelet Garriga, hijo del que fué senador Agelet, era diplomático. Estando en Holanda de funcionario del Estado español escribía versos leridanos y sólo pensaba en Lérida. En cambio cuando pasaba por Lérida no se acordaba de Holanda. No son los versos de Agelet imperialista como los de Maragall lo eran a veces, imperialistas a la alemana; ni son como los del también diplomático Carner que tienen algo de japonés, algo de inglés de Oxford, algo de El Havre, algo de los trópicos y nada de Cataluña; son los versos de Agelet imaginaciones de huertanos de Lérida, recuerdos de paisaje tal como los siente un campesino ajeno a la diplomacia; tal vez tengan en potencia lo más típico y hondo del racial leridano: la indiferencia, el arte de la distracción por el arte de la distracción, la no excesiva insistencia sobre nada, la brevedad fugitiva, casi relampaguesca de las sensaciones. Los que hemos estado en la cárcel de Lérida nos hemos encontrado con que allí no hay más que evadidos, indiferentes como si estuvieran en la calle.

Hace cuarenta años y hasta tiempos relativamente cercanos era cosa corriente en Lérida que la mesocracia militar, forastera o indígena, se casara con hijas de banqueros y rentistas. Maciá era un oficial de Ingenieros y se casó con la hija del banquero Agapito Lamarca. Se casaba el sueldo de cuarenta duros al mes con la renta de un millón. Magin Llorens también chocó sus millones con la espada. A principios de siglo había treinta millonarios en Lérida y más de la mitad parecían unos procuradores de guardarropa deficiente. Los Barberet, millonarios también, casaron a sus hijas con militares. De la misma manera que jefes y oficiales españoles se casaban en Cuba con hijas de millonarios, sosteniéndose así el infausto régimen colonial, la oficialidad militar, no tanto la burocrática, se dedicó en toda la península a cazar dotes. Cataluña no accedió a dejarse cazar más que muy poco en Barcelona y regiones tarraconenses, nada en el Ampurdán y mucho en Lérida. ¿Por qué? Porque en Lérida hasta los millonarios representan menos apego que fuera. El régimen de heredero, que se cree privativo de Catalu-

ña, no existe en la forma exagerada que se presenta, no existe como institución incommovible. Las herencias se atomizaron después de la división de la propiedad porque se cultivaron mejor y el aumento de zona húmeda desaloja forzosamente a los propietarios. Comparemos la región del Alto y Bajo Urgel con las colinas que van desde Lérida al Ebro por Mayals. En estas colinas hubo siempre un régimen de heredero y están arruinadas. En el Urgel la tierra nueva y desvinculada de propiedades extensas va desalojando a los propietarios y valorizando el trabajo inteligente como única categoría de individualidad y de convivencia. El trazado de caminos y la desgravación de impuestos apresuraria la socialización, como la está apresurando en los territorios regados por el canal de Aragón y Cataluña, inmediatos en Lérida, donde el cultivador directo aprendió a dosificar la renta y el trabajo en perjuicio del propietario, cargado de hipotecas por regla general y en vísperas de inminente ruina.

A principios de siglo, un pasadoble de la España unitaria sonaba en Lérida como en Zamora, y un « Miserere » como en Pamplona; pero a los oídos de los moros leales habitantes de Lérida y a los oídos de unas cuantas familias patricias, militarizadas, entroncadas con la propiedad y la dictadura como la de Gomar no a los oídos del elemento popular nativo y arraigado, amigo del coro y de la algazara sin consigna ajena. Cuando se quiso inyectar en la juventud leridana el dogmatismo moscovita, se originaron muchas carcajadas y el líder comunista tuvo que optar por una política intermedia, que tampoco le dió el triunfo hasta encajarse lejos de Lérida su inspirador en un partido burgués como el de Esquerra, que era una especie de Repartidora tratándose de actas, esquivas para el bloque de Maurin-Nin — bloque bipernal — cuando Maurin no se presentaba con candidatos millonarios.

Lérida no tiene dramas pasionales. Nadie se muere de amor en Lérida aunque pueda morir de fastidio. El más descreído es un rey, y príncipe de Gales el más trasnochador. En Barcelona, las tertulias leridanas son las más avanzadas en dejar pasar horas, noche y día.

La religión era y es en Lérida pasatiempo más que nada. No quedaba fe. Era más barata que la caridad y se practicaba la fe. ¡Cuántos galanes fueron a la iglesia medio moruna de San Lorenzo a demostrar un alarde satanésco del brazo de la amante!

La enseñanza tenía un aire tan hermético castellano que era casi colonial con sus golpes fulgurantes de Numancia, Lepanto y Covadonga. De vez en cuando se celebraban Juegos Florales y obtenían premios con poesías virginales los hombres más laicos del radicalismo, como Estadella, ministro después de la abriléña República.

Los clérigos eran en Lérida unos verdaderos epicúreos. Vivían a la sordina con sus amas y sus sobrinas cerca del campo entre embutidos sazoados con especias picantes y vino claro del cosechero vecino. Pensaban en los días cuaresmales

culminantes como en un pleno de comilonas con santificación de salchichas, bromas de sochantre casi laico y soconusco de tipo conventual. En otoño los clérigos poblaban los paseos resguardados del fino viento de Aragón que llegaba de vez en cuando para secar la humedad elegiaca del paisaje tragándose el bruído de las hojas. El obispo era una potencia casi tan respetada como la dinastía de los Canonas y de los Parranos, gitanos de cierto rumbo feriante y cantante. Ser canónigo o beneficiado en Lérida era tener dos sueldos por las propiedades vinculadas en el Cabildo y en el Capítulo.

La fiesta mayor era una fiesta modestamente báquica y floreciente de forasteros petulantes, pequeños comerciantes de las vecinas comarcas del Cinca, labradores del Bajo Urgel, herederos de la Segarra, mozos de los cuatro puntos cardinales, huertanos, labradores de los latifundios recién puestos en riego — Giminells, Sucs, Vallmayna —, ganaderos de todas las tierras catalanas, barraqueros y quincalleros, matronas vestidas de luga-reño domingo negro, ruleteros nómadas y alguna odalisca de café cantante.

Coincidiendo con la moda romántica en muchas ciudades catalanas se establecieron jardines municipales recortados y algo sacramentales. En la época renacentista de la jardinería. Lérida tiene sus Campos Eliseos desde entonces: plátanos gigantes formando avenida central, rectángulos laterales de macizos separados por caminos planos, guirnalda, escaso surtido de flores. ¡Campos Eliseos! Paraíso estival con sus nocturnos de charanga en la glorieta, con su luz blanca de arco voltaico y sus compañías errabundas que hacían en 1905 « El gran Galeote », « Locura o Santidad », « En el puño de la espada », para no interesar tampoco a los leridanos.

En el Campo de Marte evolucionaban los quintos. Campo de Marte, Campos Eliseos. Reminiscencias de clasicismo, escapatorias a cielos retóricos, cargados de nubarrones ciceronianos y capullos de Teócrito... y luego las orillas del río desde la ciudad hacia abajo con sus **Barcas del Tófol**, sus bancales de hortelano concienzudo, rudo

aunque receloso y algo remolón. Aquellas arboledas parecían doseles para estudiantes menesterosos de ciencia. A dos pasos florecían los frutales. Se jugaba en los tugurios y había un café cantante sin más público que el necesario para dar fe del sacrilegio bailable entre dos iglesias. Las procesiones eran amorios, caramelos y risas tanto en el llamado Viernes Santo como en el Corpus. El Carnaval parecía una fiesta de Cuaresma y la Cuaresma un Carnaval. La única diosa leridana era la indiferencia. La economía era espontánea, sin ningún estudio sistemático. Los partidos, cuando no eran sucursales de Barcelona o de Madrid no eran nada y como sucursales no eran gran cosa. Partidos leridanos no existieron nunca. Y a los partidos de iniciativa ajena, los votaban burócratas, elemento transeúnte y algunos leridanos que se desperezaban un momento para quedar dormidos poco después. Las huestes republicanas fueron unitarias de receta con el viejo Pereña, autonomista de receta con sus hijos, unidos a Palacín y a los demás primantes. Pasaron de lo unitario a lo no unitario como quien pasa de una teoría a otra sin necesidad de contraste con la vida real. Pero no hubo jamás núcleos entusiastas políticos. Tampoco hubo entusiasmo de tipo social. Las horas de trabajo en Lérida no interesaban a los obreros. Lo que interesaba a éstos era el tiempo de asueto, más copioso cada vez. Y respecto a los jornales, lo interesante para un leridano racial no era lo que se puede hacer con plata, sino lo que se puede hacer sin plata ni calderilla. Y todavía esto último, lo que se puede hacer sin moneda, lo deseó poco el leridano típico. Su estoicismo, con todo, no fué jamás petulante sino humorístico, lleno de humanidad sencilla y de melodramas desdenados; no era renunciación sino previsión; no era aquel tremendo **tengo lo que me basta**, de Mesonero Romanos, sino el vivaz **no sé lo que quiere el que quiere y no puede**; era y es un estoicismo sin cronistas y sin exaltadores, un afán diluido en comprensión aunque perezosa muchas veces y fatalista.

FELIPE ALAIZ

Entre arrancapinos

PEPE. — Para lo que tú dices, necesitamos esto, eso y aquello.

LAURO. — Necesitamos principalmente templanza, ajuste, espíritu de continuidad, ambiente de respeto y, sobre todo, medida.

Se cuenta que en cierta ocasión, el general Vivonne, escribiendo desde Mesina al rey Luis XIV, terminó su carta con las siguientes palabras: « Para sostener la ofensiva, tenemos necesidad de 10.000 soldados ». La dió a sellar al intendente del Terror, el cual se permitió agregar: « y de un general ».

PEPE. — Vienes a lo que solía decir siempre la Manolita. Esta, que era una buena administradora, decía que en materia de economía tener más no era una solución, lo importante es administrar bien lo que se tiene.

Argonautas de ideal

SOLANO Palacio es un hombre de todos mundos. Abrió los ojos a la vida, bajo el azul cielo asturiano, cuando al siglo pasado le faltaban apenas trece años para expirar y dejar paso a esta caravana constituida por idealistas en el amplio sentido de remover la tierra, darle vuelta a las instituciones, trastocar y romper la cacharrería histórica, feudal y burguesa. Desde allí los ideales de la vieja Comuna, comenzaron a florecer.

Nació este Solano con una estrella en la frente que todavía le ilumina hacia adentro. Y se mantiene erguido, apuesto, tieso y elegantemente formal en su noble factura y estructura física. Como asturiano, naturalmente que no es extremeño como Pizarro o Hernán Cortés. Pero es bizarro y lleva consigo todas las artillerías cantábricas y es, igualmente, nauta de mar y tierra. No es de Calahorra, de Jijona o Trevijano que pisaron Hernando de Soto, Juan Díaz Solís, Juan de la Cosa y cuantos cartógrafos, geógrafos, marineros de pie descalzo, presidiarios largados a la conquista de un universo que aparecía tan temerario como la cabeza caliente de Colón.

Habiendo nacido Solano Palacio en Asturias, hay que descubrirse. Porque de Asturias arrancó el primer empujón de la Reconquista el año 700. En 1934 se hizo allí el encuentro ideológico de dos civilizaciones; y dos años más tarde se hizo presente con truenos, irguiéndose como un solo hombre frente al despotismo y para hacer de España, y de la península ibérica toda, un hogar para los hombres libres, de cualquier latitud del globo, que allí quieran establecer residencia. Pasado un cuarto de siglo, en 1962, luego de haber mordido la pólvora de la derrota nazifascista, Asturias se presenta al mundo entero con su bandera en alto, iniciando así la verdadera Reconquista.

Ser asturiano, como por casualidad lo es Solano Palacio, es decir mucho en estos artes y oficios literarios de la libertad humana. Porque su inquietud, su naturaleza rebelde, a los 18 años era un refractario al militarismo. Y echándose morral al hombro, en el primer bajel que encontró hizo tierra en Magallanes, por la misma ruta del gran navegante lusitano camino a la Especiería. Con la diferencia de que Solano Palacio encontró aquí su infinito, en esa infinitud de horizontes que dio sabios, mártires y héroes a toda la flora de la gitanería anárquica. Su ancestro, que recibió de un maestro de escuela, que era su padre, le venía de Flandes y de Nápoles y pesa en la historia de las hazañas como en las paredes del Louvre, del Museo Británico y de la cultura humanística cuyo máximo exponente contemporáneo fue Francisco Ferrer.

Gracias a esos precursores, de cuya contextura celular tiene buen cargamento Solano Palacio, el mundo se hizo pequeño para esa comunidad cantábrica, atlántica y mediterránea. Conquistadores de riqueza espiritual, hoy no es difícil encontrar en Nankin, Sidney, Alabama o Wellington, o durmiendo entre los escarabajos de Gizet, en cualquier iglú de Alaska o de Wladiwostok, a hombres que cantan y luchan, valiéndose de ese instrumento universal que es la lengua castellana y que aglutinó en sus requiebros la dulzura y graciadumbre de los idiomas ibéricos. Pues que cualquier indígena español, de iberoamérica o de cualquier otra tribu civilizada que hable el castellano, no importa donde se encuentre, con tal de pegar el grito de un alalá, un aturuxo o un jipío que ya se abren a su conjuro las fortalezas y puertas de los castillos. Porque en todas las aldeas, ciudades y puertos del universo terrícola, allí tenemos amigos, compañeros o simples ciudadanos susceptibles de serlo. Como Solano Palacio llegaron a esos mundos impulsados por motores desconocidos, fortaleciéndose con hábitos y costumbres extrañas, fecundaron sus mujeres y llevaron la simiente del ideal que tiende a redimirnos a todos.

De Magallanes, Solano Palacio saltó la frontera chilena para sentar pie en San Julián, el abatido por los vientos y nieves del sur puerto argentino, promoviendo la primera huelga que tuvo lugar en la Patagonia. En 1913 fue procesado y condenado a tres años de reclusión. La Federación Obrera Regional Argentina intervino en su defensa, recuperando la libertad a los seis meses. De allí pasó a Ríos Gallegos y tomó parte activa en la edición del semanario «La Verdad». El gobernador de la insula le aconsejó que abandonara aquella actividad, a cambio de dinero que lógicamente rechazó, pero la presión que se ejerció sobre él ha sido de tal peso que tuvo que andar huido hasta 1918 que llegó a Valparaíso, embarcándose para los Estados Unidos de Norteamérica. En 1921 fue preso en Nueva Orleans. Puesto en libertad, estuvo oculto de la policía yanqui hasta 1923, junto con un compañero José Novo, embarcándose en un carguero español de vuelta a Asturias.

Solano Palacio tomó parte en la revolución de Asturias de 1934 y desde 1936 actuó durante dieciséis meses en los frentes del norte. Al cesar las operaciones se trasladó a Barcelona, donde se le encargó la dirección de «Tierra y Libertad». En esa editora quedaron los ejemplares impresos de mi «Lamento de la tierra encadenada». Solano escribió allí su libro «La tragedia del norte». Dio con sus huesos en un campo de concentración, en Medon, perdida la guerra. Huyó y fue detenido. Merced a la intervención del compañero Alfonso Barbé, que le facilitó albergue y medios para comu-

nicarse con el Sindicato de Intelectuales de París, que luego intervino en su favor, no fue entregado a los esbirros de Franco como tenía resuelto el entonces ministro del Interior francés.

Y, sin papeles de identificación, metióse en un barco que hacía la travesía del Atlántico rumbo al Pacífico. Ancló en Valparaíso, su viejo y querido puerto de lento, pero activo trajinar. Donde los hombres — en una actividad que les concede privilegio entre otras ciudades, por el volumen de mercancías que manipulan — son amigos y están huérfanos de la palabra helada que en algunas bocas suena con acordes de sinfonía. Y allí, en aquel val, o valladar del paraíso, de donde recibe su nombre, recaló Solano Palacio para proseguir una obra que no termina nunca, porque tiene la largueza y longitud de todos los caminos de la libertad.

Quiso el suelo chileno acogerlo y atraerlo a su destino, incorporándolo al dulce correr de la historia reciente que viven, aman y edifican los precursores del ideal que impulsó su autonomía e independencia. Entre mar y tierra, y bajo cualquier sol, Solano Palacio escribió novelas, ensayos y poemas, cuyo tenor el tiempo juzgará, tales como « Aurora », « El arreo » y « Judit », sirviéndole de contrafuerte y ancho horizonte el asturiano, el patagónico y neoyorquino. Aparte del mencionado estudio sobre « La tragedia del norte », dió a publicidad también « 15 días de comunismo libertario en Asturias », « Entre dos fascismos », « Ayer, hoy y mañana » y « La represión de Asturias », temas obsesivos que coinciden con su ejemplar manera de ofrecer testimonio de cuanto pudo observar a través de ese mundo nuevo que palpamos y que está reclamando el auxilio de todas las energías de los hombres libres.

Incursionó también en el campo de la poesía, habiendo publicado « España en cruz », « Jardín de Acracia » y recientemente un volumen sobre « La cultura hispanoárabe », en verso rimado. No pretende Solano Palacio que éste su libro integre el panorama de la lírica. Trátase de un libro paisajista, arrancado del romancero, a lo largo de una cultura difundida por todo el Africa y hasta la India. Nos pinta cómo han sido los hombres y las mujeres, particularmente en la España musulmana, removiendo las arenas del desierto, desde Medina a Granada por donde Mahoma empujó las tribus que levantarían mezquitas y minaretes, ciudades blancas como sus túnicas y cantarían melodías quejumbrosas que todavía estamos escuchando. De los milagros, dichos y hechos de aquel gran pueblo que se extendió desde los valles del Yemen

a las montañas de Omán y Hedjaz, que siguió el Eufrates y todavía está golpeando las murallas de Jerusalén, no hace buena cuenta Solano Palacio. El se encuentra mejor con Florilinda la hermosa, subiendo el jardín hacia el castillo. Pero ni Muza el emir ni ninguno de los generales beduinos le resultan más simpáticos que a mí. Porque a fuer de valientes « llegaron los sarracenos y nos molieron a palos » y es que « Dios protege a los buenos cuando son más que los malos ».

Solano Palacio construyó a su modo un mundo ibérico que corre a lo largo del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Damasco y Bagdad, pasando por Argel y todas las tierras, desde el Golfo Pérsico hasta Cádiz la fenicia y que son tan caras a nuestro espíritu como los trirremes que venían del fondo del Bósforo y traspasaron las Columnas de Hércules para llegar a la Atlántida. Todo ese suelo que pisaron los hombres de Alejandro hasta la India y en España regaron con civilización las tierras de Toledo, la región andaluza y se contaminaron con gaitas y zampoñas para dejarnos pasmados con los cuentos de las « Mil y una noches » que mandara recopilar el gran Haarum el Raschid, despierta la fantasía adornada de una época color de rosa en que los hombres parecían mejores. Y cuando nos recuerda Solano Palacio que también por allí pasaron Avicenna, Averroes, Tulio y los grandes trovadores que integran el « Romancero general », de Durán, pensamos en la gran labor que tendremos que realizar mañana, cuando el día sea nuestro, para atraer a la cultura de los nuevos pueblos esas voluntades dispersas de una comunidad vecina integrada por los árabes de hoy que olvidaron su pasado.

Solano Palacio se ha dejado arrastrar por impulsos que le vienen de lejos. Dentro de una caparazón tersa y sometida al rigor de las inclemencias sociales, arden en su sangre células renovadoras de poeta, que no han podido sujetarse a formas ni cánones artísticos. El ideal de la revolución no le dió tiempo para expresar su mensaje de otra forma. Siempre ha tenido que pronunciarlo en el lugar y momento a donde su cuerpo físico lo condujo por las rutas del universo. Así son nuestros precursores. Modestos en su quehacer, anónimos muchos de ellos. Pero convencidos, por la dura experiencia y el estudio, metódico o desperdigado, de que el gran día vendrá. Y con su luz ha de encender las ilusiones que la profecía tiene reservadas para los elegidos. Y esto queda dicho.

CAMPIO CARPIO



ALAS SIN CIELO

(Continuación)

CAPITULO QUINTO

La casa está aireada. Puerta al mar y ventana al cielo, abiertas de par en par. El cielo, impecable de azul. El mar, como una cinta, sin olas. Elvira, limpia y fresca, pero saturada de pena, como siempre, ha terminado de hacer un paquete de ropa limpia, envuelto en una sábana que ella misma sujeta con alfileres. Tarde del jueves. Bernardo está al regresar. Jaime aparece en el marco de la puerta, con su candor y simplicidad habitual.

JAIME. — Es jueves y vengo a recoger la ropa, Elvira.

ELVIRA. — Y la ropa está lista, Jaime, te la puedes llevar. ¿Qué te pasa?

JAIME. — ¿A mí, nada? ¿Qué me va a pasar? ¿Por qué?

ELVIRA. — Como entras y así, de sopetón, me dices, es jueves. Ya lo sé, que es jueves y que...

JAIME. — Bueno, me lo llevo todo. ¿Cuánto les digo que es?

ELVIRA. — Don Eugenio sabe el precio. Como siempre. Si me traes el dinero esta noche me pondré contenta. No tengo ni cinco.

JAIME. — ¿No llega Bernardo hoy, Elvira?

ELVIRA. — ¡Ah! ¿Eso es lo que tienes? Ya decía yo. Pues bien, no sé, seguramente...

JAIME. — Lástima que no se esté por ahí siquiera treinta meses. Así vendría uno tranquilo.

ELVIRA. — Bah, no sé qué va a decir Bernardo si te ve por aquí.

JAIME. — (Cogiendo la ropa, dispuesto a salir.) ¿Sabe usted, Elvira, que la otra noche no pude pegar un ojo?

ELVIRA. — ¿Cuándo?

JAIME. — La del día en que me contó usted su leyenda. Tenía unas ganas de coger el mar entero y hacerlo escapar de sus orillas.

ELVIRA. — No debí contarte nada.

JAIME. — Sí, sí... claro que sí. Usted hizo bien. Yo daría cualquier cosa por quedarme desvelado cada noche, como entonces. Todo eso me da a pensar y no me importa aunque la gente me diga que me voy a quedar con el seso sorbido, como el Tío Trancas. Cuando se piensa en algo más que en lo que se ve, parece como uno penetrase los mundos, la vida, los países, el aire, y hasta el aroma de las flores.

ELVIRA. — No digas eso muy fuerte, te criticarían.

JAIME. — Cuando pase algún tiempo, ya me contará usted su historia, ¿verdad, Elvira?

ELVIRA. — Lo haré, si tú quieres.

JAIME. — Bueno, adiós.

ELVIRA. — Adiós.

JAIME. — (Volviéndose en el umbral de la puerta.) ¿Sabe usted, Elvira, a quienes he visto sentados a la puerta del casino?

ELVIRA. — Me figuro que a nadie de mi gusto.

JAIME. — Exactamente. Al padre Hidalgo y a don Florencio Requejo. Los dos juntos.

ELVIRA. — Qué bien.

JAIME. — Al pasar frente a ellos los saludé con el brazo en alto. Ahora resulta que les fastidia, sobre todo a don Florencio, que ya no se pone camisa azul más que cuando se le avisa con un oficio. Ganar los americanos su guerra y quedarnos como los camaleones bajo el arco iris, todo ha sido una. Pero es ahora cuando yo paso gusto gritando «Arriba España». Usted ya me conoce. Bueno, hasta luego.

ELVIRA. — Hasta luego.

JAIME. — (Entrando precipitadamente, de nuevo y asustado.) Elvira, Elvira. Mírelos. Por allá vienen y vienen hacia aquí. Los dos y del brazo. Me escapo por este lado antes que me pillen y empiecen a hacerme preguntas. Adiós. (Sale dirigiéndose en dirección opuesta a la vez anterior.)

ELVIRA. — ¿Y qué se les ha perdido en mi casa? ¿Qué vienen a hacer aquí? (Va hacia la puerta y, con los brazos en jarra, espera la llegada de los visitantes.) Me váis a oír, si venís creyendo que en mis manos está el secreto de esa visita que os escuece en el alma. Me váis a tener que tolerar a estas horas de paz y de desconcierto para los que esperasteis la victoria del fascismo italiano y del nazismo alemán. Ahora que mi leyenda y mi misterio se os incrusta en vuestra realidad desmoronada, como la lapa a la piedra saturada de mar. De todos modos hay que reconocer que tenéis algo extraño en abundancia para hacerme cara a mí... ¡a mí!. (Cuando parece que los hombres anunciados están cerca, se vuelve lentamente, sin cerrar la puerta, hacia el centro de la escena y espera. Su ser se completa con un gesto finísimo de elegante valentía. Aparece, en fin, don Florencio y algo rezagado, dulzón, el padre Hidalgo.)

DON FLORENCIO. — ¿Se nos permite la entrada?

ELVIRA. — (Con calma, digna.) La puerta está abierta.

DON FLORENCIO. — ¿Le molesta concedernos un rato de charla, Elvira?

ELVIRA. — ¿Por qué pedirme hoy lo que han hecho cuando han querido?

DON FLORENCIO. — ¿Pasamos?

ELVIRA. — Le he dicho que yo no echo a nadie de mi casa. (El jerarca y sacerdote entran. El primero aparentando firmeza, evidencia chuleña; el segundo, pretendiendo un gesto de hu-

mildad, aparece ruin, ladino, suavemente hipócrita. Ambos tratan de dar naturalidad a la situación que ellos mismos crean, lo cual hace muy difícil la firme actitud de Elvira.) Bueno, ustedes dirán.

DON FLORENCIO. — (Penosamente, logrando por fin comenzar de algún modo.) ¿No está Bernardo en casa?

ELVIRA. — Usted sabe muy bien que no.

DON FLORENCIO. — Llega esta tarde, ¿verdad?

ELVIRA. — Posiblemente.

DON FLORENCIO. — Lástima. Nos hubiera gustado hacerle algunas preguntas.

ELVIRA. — Me las pueden hacer a mí, puesto que de mí se trata. Yo les hablo por lo claro, ya lo saben. Por eso les ruego que no se anden por las ramas. Siéntense, si quieren. No soy persona de cumplidos.

P. HIDALGO. — No se preocupe, estamos bien de pie. Vamos a irnos prontito.

ELVIRA. — (Mirando al sacerdote de arriba abajo sin poder ocultar la repugnancia que su presencia y sus palabras le producen.) Por mí, no tengo prisa.

DON FLORENCIO. — ¿Se puede cerrar esa puerta?

ELVIRA. — ¡El aire del mar es tan bueno! Además, yo creo que lo que me tienen que preguntar no será nada que no se pueda oír con decencia. Y yo no diré nada que no sea capaz de gritar en medio de la plaza.

P. HIDALGO. — No se exalte, señora. Tengo la seguridad de que venimos cordialmente a pedirle un favor trivial.

ELVIRA. — Los favores triviales no se piden, se cogen, señor cura párroco.

DON FLORENCIO. — Debo advertirle, Elvira, que si el tono de sus palabras no se ajusta a nuestra necesidad, será usted la que tendrá que venir a hacernos una visita por invitación cortés de la policía.

ELVIRA. — Ya me preguntaba yo por qué la policía no me había mandado una esquelita.

P. HIDALGO. — La policía convoca. ¿Ha cometido usted algún delito?

ELVIRA. — Eso mismo me pregunto yo. Pero, señor cura, usted sabe bien que desde hace años a esta parte una no sabe ya si decir que los garbanzos están duros es delito o no.

DON FLORENCIO. — Déjese de pamplinas. No haga que perdamos la paciencia.

P. HIDALGO. — Ni altere usted sus nervios, señora. La demencia podría colocarla en una situación enojosísima.

ELVIRA. — (Midiendo, con la mirada, las dimensiones de la perversa insinuación.) Es usted muy amable, señor... Ustedes dirán.

DON FLORENCIO. — Bien. Queremos saber qué tienen que ver esos dos extranjeros con su nombre de usted.

ELVIRA. — ¿Qué extranjeros? ¿Esos que han llegado hace días al hotel? ¿Los primeros que después de la guerra han vuelto al pueblo? ¿El inglésito? ¿No dicen que el otro es alemán? Lástima que no hayan caído por aquí, en busca

mía, un ruso y un japonés. ¡Qué ensaladilla rusa en el plato neutral de España! ¿Y cómo es que no van a preguntarles a ellos? ¿Lo han hecho ya? ¿Qué les han dicho? ¿Vienen al pueblo sólo por mí o a buscar una finca en venta para pasar los veranos? ¿También ustedes creen todas esas patrañas?

P. HIDALGO. — (Que había dado muestras de impaciencia mal disimulada.) ¿No es usted la primera en creerlas, señora?

DON FLORENCIO. — (Igual.) Esos extranjeros no nos importan... si no es con relación a usted. Obligación nuestra es impedir lo que en este pueblo pueda suceder entre sujetos extranjeros y un súbdito de España. Velamos por la seguridad interior de la patria.

ELVIRA. — Y Elvira es a enemiga de España, ¿no es verdad?

P. HIDALGO. — Hija mía, no hemos venido a confesarla... La gente dice...

ELVIRA. — La gente dice lo que cree según el seso que tienen a fuerza de las imbecilidades que le enseñaron a creer.

P. HIDALGO. — Es usted muy aguda, señora.

ELVIRA. — ¿Y qué mujer, en esta España que ustedes nos han endosado no ha afilado y tiene en punta el entendimiento cuando como yo no entramos por tanta sombra? Cuando se nos exprime el corazón y el seso, eso es lo que nos queda: agudeza.

DON FLORENCIO. — Bueno, Elvira, ¿habrá o no habrá forma de entenderse con usted?

ELVIRA. — ¡Inténtenlo! Por mi parte, yo no veo el inconveniente. ¿No me han preguntado que qué tengo yo que ver con esos extranjeros? ¿No les he dicho ya que nada? (Reflexiona.) ¿Nada?

No, nada no, todo. Sí, cierto, todo. No se alarmen. Los términos se invierten en mi entendimiento. Lo da la época y la circunstancia de no ajustarse a lo que se impone. Pero ustedes tienen la libertad de presumir y denunciar como les convenga. Si creen lo que dice la gente, está bien. Será cierto. Si yo les dijese que no, que nada de lo que de mí se dice es verdad, ¡ganarían les entrarían de clavarme astillas en las uñas hasta hacermelo que quisieran y, entre borbotones de sangre, yo declararía lo que se les apeteciera! Ahorrémosnos sufrimiento, si les parece. Para ustedes no es momento de ponerse en evidencias. Los extranjeros tienen los ojos puestos en España y, por donde menos se piensa, aparecen ojos inoportunos que no tardan en sacar trapos sucios en los periódicos... ¿Qué más quieren ustedes que yo haga?

P. HIDALGO. — Hay que evitar escándalos. Es por su bien.

ELVIRA. — ¡Mi bien! ¡Ay, mi bien!

DON FLORENCIO. — Usted puede facilitarnos las cosas.

ELVIRA. — ¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? No entiendo.

P. HIDALGO. — Trate de alejar a esos hombres de aquí.

ELVIRA. — ¿Quién soy yo?

P. HIDALGO. — La mujer que los ha amado.

ELVIRA. — ¡Señor cura párroco, qué cosas dice! ¿Cree usted en los hechizos de mis besos? ¡Qué imaginación! ¿Cree usted que ellos han vuelto porque quieren probar otra vez el gusto de mi boca? ¿O es el misterio de los acantilados lo que les llama?

P. HIDALGO. — (Soberbio.) Son hombres casados.

ELVIRA. — ¿Cómo se sabe eso?

P. HIDALGO. — Todo se sabe, hija mía. Todo está escrito. Todo deja una huella, ¡hasta el rastro de las gaviotas en el aire!

DON FLORENCIO. — Y lo que no se escribe, se dice...

P. HIDALGO. — Se murmura.

DON FLORENCIO. — Se comenta.

ELVIRA. — Mundo chivato. Y si son casados, ¿a mí, qué?. También yo lo soy.

P. HIDALGO. — El adulterio...

ELVIRA. — ¿Y qué no es adulterio en esta vida?

¿A quién no traicionamos ya dentro de España? Quien se jacte de fidelidad que me tire la mayor piedra. No, no hay nada concreto contra mí. Ni siquiera pueden ustedes especificar la calidad de mi pecado. Mi caso no se encuentra en el índice de culpas de vuestras leyes, más que unido a abyectos calumnias... Cuando ustedes me acusaron e incluso me condenaron como espía, me restregaron por las narices un pañuelo ensangrentado de un combatiente inglés. Y por eso, hay que ver cómo el pueblo de mujeres insatisfechas envidió mis alas. Porque ya saben ustedes que cuando una mujer cree que otra vuela, hay que pedirle a la que vuela que se corte las alas si no quiere que se las quemen.

DON FLORENCIO. — Evidentemente, Padre, esta mujer está loca y no hay quien pueda entenderse con ella. Es menester encerrarla.

ELVIRA. — ¿No han inventado ustedes todavía la camisa de fuerza del alma, señores jerarcas del movimiento?

P. HIDALGO. — (Mordaz.) La camisa de fuerza del alma la tiene el diablo.

ELVIRA. — Pues vayan a buscarlo y vuelvan con él si pueden, ¡y que el diablo me lleve ya que no se los lleva a ustedes!

DON FLORENCIO. — ¡A callar!

P. HIDALGO. — ¡Cómo blasfema!

ELVIRA. — Cuando estoy sola lloro.

P. HIDALGO. — Dios quiere consolarla.

ELVIRA. — ¿Y lo manda usted, vestido de negro con esa risita de navaja?

DON FLORENCIO. — ¡He dicho que a callar, caramba! (Reprimiéndose.) Salga un momento fuera, padre, por favor. Necesito hablar a solas con esta mujer.

ELVIRA. — ¿A solas conmigo? ¿Para qué? ¿No irá usted también a pedirme que me quede desnuda delante de usted? ¿No querrá comprar mis favores? Vamos, no me haga reír. Que el señor cura párroco se vaya o se quede, qué más da. Díganme sin falsos pudores lo que tengan que decir, y déjenme en paz cuanto antes. (Viendo

que el padre Hidalgo sale, más corrido que discreto.) Pero, ¿de verdad me deja a solas con él, señor cura? Bueno, ya estamos solos. ¿Qué quiere? Hable usted.

DON FLORENCIO. — (Muy molesto.) Yo hablaré cuando me dé la gana.

ELVIRA. — ¿Quiere un vasito de agua a ver si se le baja ese nudo de la garganta? (Silencio. Elvira se encoge de hombros. Luego se da cuenta de que el jerarca la mira con cierta impudicia.) Qué mira usted.

DON FLORENCIO. — Te miro a ti.

ELVIRA. — ¿Por qué me mira de ese modo?

DON FLORENCIO. — Porque, rebelde y todo, eres exquisita.

ELVIRA. — Ya empezamos. Ya está solo. Ya me tutea. Ya me mira dominado por una lascivia con campo de gules. ¡Chusma vestida de azul!

DON FLORENCIO. — No me extraña nada de lo que se dice de ti.

ELVIRA. — Y a mí, qué.

DON FLORENCIO. — No disimules. Es verdad. Tú misma lo crees. Tú estás segura. Pero de entre las putas que he conocido eres las más extraordinaria.

ELVIRA. — Y de los chulos que yo he visto en mi vida, es usted el más detestable.

DON FLORENCIO. — Así me gustas más, brutal como tu propia vida. Si me dejas besarte seré yo quien te facilite la entrada de esos hombres.

ELVIRA. — ¿Ve como le he dicho la verdad? Pero si yo quisiera ver a esos hombres volaría a ellos por cualquier parte que no fuese uno de sus cochinos besos. Y además, no es cierto. Aquellos hombres murieron.

DON FLORENCIO. — No. Aquellos son los dos tipos que mañana mismo van a salir de este pueblo, a no ser que... ¡Elvira!

ELVIRA. — (Se estremece violentamente, contempla al jerarca con apasionado desdén y reprime un sollozo.) No es posible.

DON FLORENCIO. — Es posible. Y han vuelto a este pueblo en busca tuya... Mis ojos han visto lo que me inclinan a creer en tus maravillosas patrañas.

ELVIRA. — (Soñadora y emocionada.) ¡Ah, si fuese verdad, si eso fuese verdad! ¿No ve usted cómo me estremezco al desearlo? Pero, no... No lo creo. No es cierto. No puede ser. Los muertos no vuelven y ellos murieron... Murieron... por lo menos, para mí. Lo que de ellos haya vuelto a pisar el polvo estéril de nuestra tierra, bien poco me importa. Lo que yo amé y acaricio amorosamente en mis recuerdos acabó en aquel instante para siempre. No sé si usted me comprende.

DON FLORENCIO. — No sé qué comprendo y qué no comprendo cuando la que habla eres tú, Elvira.

ELVIRA. — ¿Eso es todo lo que a solas tenía que decirme?

DON FLORENCIO. — (Dándose cuenta de que en su pasión olvidó el verdadero móvil de su mi-

sión.) Dime, ¿todo aquello fue amor... o política?

ELVIRA. — Yo no sé de qué ideas nace el amor. Pero mi ideal político es el mismo amor y yo no lo visto de negro ni de rojo, sino de caricias...

DON FLORENCIO. — ¿No tengo, pues, ningún secreto que arrancarte?

ELVIRA. — Sí. A ver si puede arrancarme el secreto de mi modo de graznar, de rugir, de bramar, de aullar, como las bestias hambrientas y acorraladas por el fuego.

DON FLORENCIO. — Está en tu pasión exquisita... Y, hasta yo, como tú me ves, soy capaz de desearte...

ELVIRA. — Yo a usted no lo he visto más que desear el silencio de los valientes. ¿Se quiere usted ya ir de una vez de mi casa, señor jerarca?

DON FLORENCIO. — (Encendiéndose en una cólera feroz). He estado dispuesto a darlo todo por ti. Todo, Elvira, hasta las flechas de mi haz.

ELVIRA. — Eso no es dar. Eso es vender. Y eso es lo que usted siempre ha hecho: vender. Y el hombre que vende lo suyo deja de ser hombre, por lo menos para mí. Quien como usted no ha hecho otra cosa que sacar ventajas a cada paso de esta vida que huele a incienso, a pólvora y a bofetadas, no ha podido hacer otra cosa que vender su alma al mejor postor. Y el mejor postor de este mundo, ¿no dicen por ahí que es el diablo?

DON FLORENCIO. — Te aseguro que irás a parar con tus huesos al manicomio.

ELVIRA. — Lo extraño es que no lo haya hecho usted en circunstancias que le fueron más favorables... La razón, ya la conozco. ¡Lástima! Ahora que no tiene esa razón, la aconsejo que espere un par de años, a ver qué cariz va tomando la cosa. Consoliden su amistad con el vencedor de esa guerra grande y sin sentido y acúsenme luego con la misma acusación que ellos blanden contra sus enemigos: comunista, ¿por qué no? Pero mientras no sepan cómo van a sentarle sus desmanes a los vencedores, tengan un poquitín de paciencia. Y no olvide que aún puedo, si quiero, invocar el nombre de mi tía Gertrudis y, convertida en Gaviota, ir a contarle a ciertos periodistas, ávidos de lo inverosímil, ciertos escándalos que harían morir de risa, por unos céntimos, a gentes de muchas naciones civilizadas.

DON FLORENCIO. — Está bien. Allá usted con su locura. Allá usted...

P. HIDALGO. — (Apareciendo en la puerta.) Está atardeciendo, don Florencio...

DON FLORENCIO. — No hay nada que hacer, padre. Está loca. Procedamos legalmente. Nada de sentimientos. Se nos burla. Será menester hablar con el doctor Durán y que extienda cuanto antes un certificado médico. Bernardo Matas no se opondrá. El mismo ha dicho mil veces que esta mujer tiene que estar encerrada.

P. HIDALGO. — Es justo. A estas almas no hay... dios que las encarrile. Será un bien para todos.

(Sale, con el jerarca que disimula su excitación.) (Elvira se queda sola. Lentamente, va a cerrar la puerta. Se echa sobre ella angustiada, pero victoriosamente. Luego, con decisión, le abre de nuevo de par en par y mira a lo lejos, esperanzada. Vuelve despacio hacia el centro de la pieza y mira en derredor con profundo estremecimiento. Una extraña y poderosa emoción la embarga. Sube despacio al dormitorio. Contempla con pesar la capa que está hecha, blanca, intacta. Se asoma a la ventana con la cara alzada al cielo por el que ha debido ver pasar gaviotas.)

ELVIRA. — Ahí van las gaviotas... graznando... por mi cielo... sin mí. Van a los acantilados. En los acantilados se estrellan, sin nada, las olas. Sobre las rocas, o en las playas de arena, no hay ya más que corchos renegridos y viejas maderas carcomidas, redondeados pedazos de cristal de botellas que embriagaron a los hombres sedientos de amor y de vino... Pero no hay hombres. La guerra los hizo y la paz los mató. Ya no tengo esperanzas de encontrar en ninguna parte a mi amor. Y esos que la paz me ha devuelto no son mis hombres porque vienen con camisas perfumadas: ya no huelen a sangre, ni a sudor... No. No lo son. Ellos buscan una quimera. Yo no soy una quimera. Y los rechazo aunque con un terrible graznido, mis alas de gaviota los desean. La vida no puede continuar la perfección de ciertos momentos postreros. La vida no les ha podido devolver el tesoro de virilidad que ante la muerte tenían. La vida los atosiga con demandas de pasiones sin un nombre de limpia generosidad. Ellos buscan una sombra y el beso que yo les di no puede ser reanudado más que, cuando al margen de la eternidad, se comprenda que aquel beso que yo les di era un beso perdurable. (Se dirige al lecho. Se sienta, suspira y se tiende luego de decir.) Las alas que quise para volar no me sirven ya de nada. Me han cerrado el cielo. Me lo han cerrado. Me lo han cerrado.

(En la puerta, abajo, aparecen Bernardo y doña Reyes. Bernardo regresa de la pesca, con su indumentaria especial y su bulto de ropa. Impide con el gesto que su madre entre, la besa y la ve marchar refunfuñando. Luego entra, cansado, con cierta emoción. Deja sobre la mesa el ato y se deshace de algunas prendas de mar. Llama, sin alegría, a Elvira, y se le advierte un dejo amargo de desencanto en todas sus palabras.)

BERNARDO. — ¡Elvira!

ELVIRA. — ¿Eres tú, Bernardo?

BERNARDO. — (Va a cerrar la puerta y la parte baja de la barraca queda en penumbra.) Ya estoy de regreso. ¿No te dijeron que llegaba hoy? Y tú, ¿estás bien?

ELVIRA. — Sí.

BERNARDO. — ¿Qué hay de nuevo? (Sube al dormitorio parsimoniosamente.)

ELVIRA. — ¿No lo sabes?

BERNARDO. — Bueno, sí. Mi madre me lo ha contado.

ELVIRA. — Ya sabes cómo está la gente y lo que se murmura.

BERNARDO. — ¡Bah, la gente!

ELVIRA. — Y tú, ¿qué piensas?

BERNARDO. — ¿Yo? ¿Qué quieres que piense? Estoy muy harto.

ELVIRA. — ¿Te han dicho de mí que...?

BERNARDO. — Sí, que tú...

ELVIRA. — Y a mí me han dicho que tú...

BERNARDO. — (Encogiéndose de hombros.) ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás en la cama?

ELVIRA. — No me pasa nada, absolutamente nada. Me he echado aquí por gusto... (Sin ningún calor.) Siéntate a mi lado, Bernardo Matas.

BERNARDO. — Tú no estás bien, Elvira.

ELVIRA. — Sí, estoy bien... ¿Sabes...? Yo quiero...

BERNARDO. — (Preocupado.) Elvira, tú estás mala, di lá verdad. Tú has llorado. Tus ojos...

ELVIRA. — Mis ojos, ¿qué?

BERNARDO. — Tus ojos parecen estrellas lejanas.

ELVIRA. — Se ponen así cuando tú llegas. Es entonces cuando me doy cuenta de las distancias que nos separan...

BERNARDO. — Alicante está precioso.

ELVIRA. — Has dormido mucho por ahí, por esos puertos.

BERNARDO. — Y tú has dormido sola que es mejor.

ELVIRA. — ¿Tú estás seguro de que cuando no estás duermo sola?

BERNARDO. — Pues... sí.

ELVIRA. — Pobrecillo.

BERNARDO. — ¿Por qué me dices pobrecillo con ese tono? No me gusta.

ELVIRA. — Quiero pedirte un beso, ¿me lo darás?

BERNARDO. — ¿Un beso tú? Debes tener fiebre... ¿Te das cuenta de que me has pedido un beso?

ELVIRA. — Sí, lo sé: te he pedido un beso.

BERNARDO. — ¿Por qué?

ELVIRA. — Quiero probar si eso puede ser.

BERNARDO. — ¿El qué? No te comprendo.

ELVIRA. — ¿Qué más da? Mejor. ¿No crees que deseo quererte?

BERNARDO. — Te doy pena, acabas de decírmelo. Y yo te he dicho que eso no está bien.

ELVIRA. — No es lástima: es un sentimiento nuevo, algo extraño, no lo puedo explicar. Las pa-

labras no me llegan a tanto. (Elvira se incorpora y con el gesto exige el beso que Bernardo le da de un modo extraño. Luego se deja caer pesadamente sobre la cama gimiendo.) No, no. No puede ser.

BERNARDO. — Pero, chiquilla, ¿qué es lo que no puede ser?

ELVIRA. — Nada. Nada. Nada. (Pausa.) ¿Quieres cerrar la ventana? (Bernardo cierra la ventana y toda la escena queda en una suave penumbra.)

BERNARDO. — (Sentándose junto a Elvira, le coge una mano para tomarle el pulso.) ¿Qué ha pasado? Dímelo.

ELVIRA. — Vas a salir con las tuyas. Me van a encerrar... En la cárcel no, en el manicomio. ¿No te hace gracia? ¿No es eso lo que tú querías? Bueno, no te preocupes, eso no va a ser todavía... Tardarán. Hay ciertas barreras por medio.

BERNARDO. — ¿Esos hombres?

ELVIRA. — No. Tú no sabes de eso. No importa. A esos hombres, olvídalos. No vendrán a llamar a la puerta, no osarán. Pero si vinieran y llamasen yo no estaría en casa. Y si yo estuviera aquí, ellos no me encontrarían, porque si ellos han muerto no me reconocerían, no encontrarían a la Gaviota. La guerra nos hizo lo que fuimos. La paz nos ha aniquilado. ¿Eso es paz? Que venga Dios y lo vea. No creo ya en la luz. Sin embargo...

BERNARDO. — Sin embargo, qué...

ELVIRA. — En los acantilados no hay más que escombros, y en las playas, algas secas y huellas borradas.

BERNARDO. — ¿Me dejas echarme junto a ti?

ELVIRA. — Tienes derecho: es tu sitio, junto a mí.

BERNARDO. — No has olvidado que estamos unidos por un lazo sacrosanto...

ELVIRA. — No confundas, Bernardo: atados, sí; unidos, jamás... Todo ha quedado completamente a oscuras antes de haber caído el

TELON

ABARRATEGUI

Francia, 1961-62.

EL DICCIONARIO AL DIA

Cierto periodista, deseoso de aclarar algunos conceptos demasiado manoseados, ha establecido las siguientes definiciones:

Aristocracia = Gobierno de notables.

Plutocracia = Gobierno de potentados.

Democracia = Cuento de charlatanes.

La psicología y la conducta humana

De Schumann y Vatzlav Nijinsky a nuestros días

RECIENTES estadísticas sobre la salud mental en el mundo, dignas de crédito, elaboradas por psiquiatras de reconocida seriedad científica, nos hacen saber que, por término medio, una de cada siete personas adultas está desequilibrada. Nosotros creemos más: que raro es el individuo humano que en el mundo actual no padezca alteraciones emocionales y nerviosas anormales que pueden, con el tiempo, hacer sufrir enfermedades mentales. Y éstas como aquéllas, limitándonos a los datos dados por los científicos, son engendradas o adquiridas por la agitada y anormal vida que se ven obligadas a sostener las personas en su terrible lucha por conquistar una situación económica que les permita la satisfacción de sus necesidades primordiales diarias y la vejez sin penurias. La inmensa mayoría de nuestros semejantes no logran ni lo primero.

Por otra parte, en México —donde vive el firmante, y lo escribo con x por respeto y simpatía al pueblo que así lo escribe—, por ejemplo, casi el cincuenta por ciento de las enfermedades son de origen psicomático. Imaginemos cual ha de ser la proporción de este tipo de enfermos en los pueblos bajo la férula de regímenes dictatoriales, en los EE. UU. y, particularmente, en los Estados asiáticos y europeos que padecieron, de forma directa, las dos últimas guerras mundiales bajo la presión de grandes temores, ansiedades y angustias.

En el mundo autoritario qué ser humano no sufre, casi cada día, semanas y semanas, meses y años, mientras vive, emociones desagradables por anhelos y deseos nobles nunca satisfechos, o en muy corta medida, descorazonamientos, contrariedades y sobresaltos, decepciones y frustraciones, pesadumbres mil que lo desalientan, lo irritan, lo angustian y acaban provocándole enfermedades funcionales y desequilibrios psíquico-mentales.

Compréndase, por lo expuesto, el gran interés que tenemos los libertarios en la campaña pro salvación de mentes enfermas y vulgarizar conocimientos para prevenir las enfermedades mentales. Y nos dirigimos, claro está, al mayor número de los seres humanos que en el medio social en que viven sufren tensiones psicológicas, neurosis, psicosis más o menos severas y estados esquizofrénicos y paranoicos que podrían reducirse también. Inútil es dirigirnos al menor número de nuestros semejantes formado por las víctimas de la mala herencia biológica porque, desgraciadamente, al carecer de la facultad de razonar, de entendimiento, no pueden comprendernos.

Deseamos se realice lo que la propia experiencia

psicológica nos dicta es mejor para la salud mental individual y colectiva, lo gocemos o no algunos seres humanos, pero considerando que, en bien de nuestra especie, con menos egoísmos inferiores y más comprensión podría realizarse y ser gozado por todos: que los miembros de la raza humana, de nuestra gran familia, piensen y comprendan que ayudando a mantener equilibradas las vidas de cuantos semejantes nos circundan, particularmente las de nuestros respectivos familiares, contribuyen a su propio bienestar emocional y al normal equilibrio de sus existencias. Quisiéramos, de todo corazón, hacernos oír y comprender por todos los hombres buenos, más o menos normales, que se convencieran de que de cada uno, generalmente hablando, depende recobrar o no la salud mental — y la física — en la mayoría de los casos, mejor todavía: no perderla formando, en los mismos hogares, ambientes morales más sanos y respirables que el que nos rodea por doquier, que casi todo lo invade, constituido por la inmoral sociedad autoritaria.

Nos hemos dirigido a los hombres, y sería injusto no mencionar a la mujer, con todas las letras, que por su natural superioridad intuitiva, afectiva, comprensiva, altruista y alterocéntrica, es decir: con suma de valores psicológicos muy superior a los que aquéllos poseen — salvo excepciones — más puede hacer por el triunfo de un alto ideal interviniendo en la formación, en la conservación y superación de la condición humana dentro y fuera del hogar. Casi siempre es el hombre que le impide el desarrollo normal de sus tendencias, sentimientos y cualidades superiores. Por naturaleza la mujer es más capaz de elevación espiritual que el varón. Consideramos que equivocados están los que nos hablan que superan al hombre en vanidades y frivolidades que sabemos han sido impuestas por el comercialismo y las superficialidades de los sistemas de vida antisociales que los hombres mal educados han estado empeñados en organizar.

En la mujer, que hemos de ver la novia, la hermana, la compañera, la amiga, la madre nuestra o la de otros, por evolucionada que sea, que más puede contribuir a la formación moral y mental del hijo, del compañero, del mismo amigo, influir en fin, benéficamente, en cuantos la rodeen, siendo el amor, bien entendido, lo superior de nuestra especie — a la que la misma Naturaleza la dota de más posibilidades de vida, porque es símbolo de ésta y de aquélla — lo más digno de respeto y de admiración, que todas las políticas y religiosas se esfuerzan por malear, es casi siempre tratada por los hombres como ser inferior. Sin embargo, hasta cuando es engañada por el varón, siendo soltera o casada, expone la superioridad de su

sensibilidad de mujer al creer sinceras sus palabras de amor, friamnete calculadas, falsas, para ocultar que sólo lo mueve el deseo pasajero, lo inferior, lo bestial. Y después de mentir amor encendido, de halagarla y sorprenderla aprovechando, consciente o inconscientemente, que es más sensible y humana por naturaleza, la ofende, en privado y en público, exhibiendo su inferioridad, que es voluble y fácil. No se detiene a pensar siquiera que está ofendiendo a la mujer que eligió para compañera, a sus propias hijas y a la misma que le dió el ser, ayuda y ternura. ¡Cuántas decepciones y humillaciones ha de sufrir la mujer entre los mal educados que tanto abundan en el mundo autoritario!

(El que escribe se considera moralmente con derecha a expresarse de la forma precitada, porque sólo tuvo una novia — como lo saben mis numerosos familiares, mis amigos y compañeros, y mi propia conciencia — que fué luego mi compañera durante casi treinta años, hasta fallecer hace cerca de un lustro. Pudiendo añadir: sin haber tenido antes ni después de su desaparición relaciones sexuales con ninguna otra mujer aunque a muchos hombres les parezca ridículo no mentir sentimientos afectivos ni para satisfacer deseos, no contribuyendo a formarlos, inclinando la imaginación hacia otros objetivos éticos, estéticos y mentales que serenar el cuerpo y la psiquis de forma natural, sin contrariar ni violentar a nuestra naturaleza. En Fraterna, la mujer que fué mi compañera veía representadas a todas las mujeres, a la Humanidad misma, lo bueno que para ésta quería y quiero, como para todos sus hijos de la que soy uno en perfecto estado de salud física y mental, que creí iba a perderlas al perderla a ella. Pero queda en pie, enhiesta, viva, la Humanidad por cuyo bien continúo luchando sin sentirme disminuido, avergonzado, por mi actitud con respecto a la mujer, como se sentiría cualquier Don Juan si tuviera que explicar su conducta, sus hechos, sus lances amorosos a su esposa e hijos y al público. Y es que del amor — que es bastante más que libido — bello y limpio, puede hablarse ante todo el mundo.

Con lo precitado no quiere decir que sean malos morales los individuos humanos, de ambos sexos, que por necesidades fisiológicas convengan satisfacerlas, sin engaños, por claro y mutuo acuerdo tomando las debidas medidas preventivas inocuas para evitar la descendencia que no quieren. Los inmorales, que tanto abundan, son los adultos que mienten sentimientos afectivos para satisfacer deseos del sexo).

Hemos afirmado cuán valiosa es la influencia del núcleo familiar y del medio social — en los que la mujer desempeña el papel más importante — para la obra de profilaxis mental y de higiene psíquica, de prevención o curación de los enfermos nerviosos. Cada día sabemos de casos de personas que pese a sufrir alteraciones emocionales persistentes, ansiedades y hondas perturbaciones nerviosas no llegan a desequilibrarse hasta el punto de enfermar mentalmente, pero la soledad y la

maldad o indiferencia al dolor ajeno imperantes en el mundo autoritario las arrastra a la demencia o al suicidio. Tal fué el caso de Marilyn Monroe que estudiamos en el trabajo anterior, de la mujer que careció de afectos sinceros y del calor vivificante del hogar. Y nos hace pensar en los millones de seres humanos que pese a contar con aquél sus mentes se enferman también acabando muchos suicidándose mientras la mayoría ingresa en clínicas, hospitales y manicomios dejando de ser elementos útiles para sí mismos, para los suyos y para la sociedad.

Al iniciarse la conducta desequilibrada de un ser querido en el seno del hogar, en vez de averiguar, de forma discreta, para no irritarlo y agravarlo, qué ocasiona lo anormal que en él observan y ayudarlo, con más paciencia que Job, a que recupere la salud mental lo abandonan, lo desatenden, lo apartan de su lado, más o menos descaradamente, ofendiéndolo de palabra y a veces de obra, generalmente hablando, deseando, en la mayoría de los casos que cualquier circunstancia intervenga — hasta la muerte del mismo — para mantenerlo lejos del hogar, sin sufrir su presencia y quedar así con la conciencia más tranquila.

Salvo casos excepcionales tal es la conducta que muchas familias observan con miembros de las mismas que padecen simples perturbaciones emocionales y angustias que el medio afectivo adecuado las iría agotando. Ni permiten que el sujeto a paciente que tiene consciencia de sus padecimientos nerviosos intente por sí mismo recuperar el equilibrio psíquico-mental afectado por mil situaciones antivitales vividas. En cualesquiera de estos tres casos el sujeto consciente de su mal — lo probarán los ejemplos de tres esquizofrénicos que damos más adelante — comprende cuanto ocurre en su derredor, se siente relegado y despreciado, tratado como algo inútil, como cosa que estorba y él, por su parte, llega a alterarse más, y a considerar despreciables inhumanas las conductas de las personas, familiares o no, que de tal modo se comportan.

La indignación del sujeto que sufre un severo malestar emocional, sube de grado si la mayor parte de su vida la dedicó a aliviar las situaciones de cuantos lo rodeaban — que prefieren, egoísticamente, olvidarlas — con más motivo cuando sufrian enfermedades, y constata que entre todos los beneficiarios apenas son capaces de hacer un intento de reciprocidad, un cortísimo esfuerzo solidario pese a darse cuenta, los allegados y lejanos familiares y amigos que lo conocen, que se halla al principio de una perturbación nerviosa, de incipiente neurosis, que podría llevarlo a ser un enfermo mental. Si sintiéndose náufrago en peligro de perecer se aferra, como tabla de salvación, a una actividad manual o intelectual que lo serena, le permite ganar confianza en su salvación y es, inclusive, de utilidad social, pero no produce dinero, lo aislan, lo maltratan, hieren su sensibilidad tratando de hacerle sentir que nada vale — por mucho que haya valido — lo que hace como si hubiera algo más que recuperar la salud

mental y la física, la riqueza biológica y psicológica. No se detienen a pensar que el sujeto perturbado huye de cuanto hizo que le recuerda que de nada le sirvió para su felicidad, que sólo tristes recuerdos le trae provocándole perturbaciones nerviosas que no quiere sufrir, que desea olvidarlas, agotarlas, vencerlas.

Bien sabemos que gran número de pacientes son injustos al opinar de la manera precipitada. Irritados no se detienen a pensar que generalmente hablando, la actitud de indiferencia y de abandono de los que los rodean más que a sentimientos y pensamientos egoístas mezquinos se debe a ignorancia de los mismos. Es exigir demasiado que todos los seres humanos tengan nociones de psicología, de psiquiatría, de psicoterapia y de pedagogía terapéutica. El carecer absolutamente de las mismas hace cometer terribles errores e injusticias. He aquí por qué sentimos la necesidad de hablar algo sobre las mismas con el fin de que todos nuestros semejantes las apliquen.

Por otra parte, no todas las familias proceden tan inhumanamente como las precipitadas, consciente o inconscientemente. Existe buen número de bienintencionadas que tienen en su seno enfermos mentales, pero los aíslan del mundo por o contra de su voluntad, y los cuidan con cariño, pero estérilmente al carecer de asesoramiento de especialistas psiquiatras y no poseer, al faltarles la colaboración de éstos, buena cultura, imaginación e intuición, que los ayuden a aprender a saber cómo tratarlos. En la mayoría de los casos se reducen a satisfacer sus necesidades primordiales, se conforman con seguirles sus caprichos, la corriente de sus manías, contrariándolos, a veces, desmesuradamente, cuando no resisten sus impertinencias, mejor dicho: sus perturbaciones y desequilibrios, pero en realidad, permiten — pese a toda su devoción y atención, con esporádicas reacciones violentas que les hacen, en seguida, rectificar y exagerar las atenciones a los pacientes — que, aunque a más largo plazo, se produzcan en ellos enfermedades mentales que, ciertamente, se desarrollan y agravan en menos tiempo, más pronto, en los enfermos violentados, permanentemente, por los sujetos que los rodean.

Son muchos los pacientes que, pese al medio adverso, intentan salvarse, repetimos, a sí mismos, y sus propios familiares, inconsciente y torpemente, no los dejan. Se obstinan en oponerse, con todas sus fuerzas, a las nuevas actividades que aquéllos quieren desarrollar imponiéndoles otras o pretendiendo que continúen — es lo más común — realizando las mismas que ejercieron, que les repugna y las detestan porque los trastorna mentalmente. Si bien parece que están más en sus cabales con su actitud prueban que son, generalmente hablando, unos ignorantes al respecto o unos perfectos y peligrosos necios. No se dan cuenta de que los pacientes han comprobado el proceso inestable, anormal de sus propias conductas por las absurdas y contradictorias acciones que realizan, jamás cometidas antes, e instintiva y conscientemente optan por dedicarse, natural-

mente, aunque parezca inverosímil a los cuerdos, a otra cualquier cosa o actividad, o a lo que siempre quisieron hacer, sin haberlo logrado nunca y como medio, además, para recuperar la salud mental.

Más numerosos de lo que parece a muchos psicólogos y psiquiatras son los pacientes que se curarían sin su intervención si pudieran dedicarse a los oficios, a las artes, a las técnicas, a las actividades, en fin, manuales, estéticas e intelectuales de su preferencia. Pero al encontrar la oposición hasta de los más allegados — sobre todo si de éstos han de depender económicamente durante el curso de su enfermedad, aunque a veces se da la paradoja que dependieron largos años de aquéllos — al observar que se esfuerzan por doblegar sus voluntades y torcer su destino, que no hagan aquello para lo que han nacido, por ejemplo, entonces obran sin orden, sin método, sin calma, se desalientan, pierden la ecuanimidad y se desequilibran más y más. Actúan febrilmente, moviéndose y agitándose bajo el temor de ser vencidos al no lograr llevar a cabo lo que desean, lo que más significa para ellos, lo que más aman en la vida por formar parte de la suya.

Cuando el medio familiar y social permite que el sujeto que padece alteraciones emocionales, más o menos severas, haga, libremente, lo que le plazca, sin perjudicar a otras personas, lo que considere útil, bueno o bello, sin apremios económicos, ni de otra clase, de acuerdo con sus posibilidades y forma de ser, si éste es consciente sabe equilibrar sus fuerzas para ganar y no perder salud psíquica-mental. Y aprende a alternar o cambiar de actividad, oportunamente, con los recreos necesarios para evitar que las ideas, la obsesión y la intorspección excesivas le hagan daño y lo desequilibren.

Comprobamos, pues, que la mayoría de todos los tipos de enfermedades mentales los sujetos las adquieren por falta de voluntad positiva consciente y fundamentalmente, de prevención, de paciencia y de abnegación de sus parientes que los hacen víctimas de su indiferencia, de su desidia, de su incompreensión y de sus egoísmos. Y son muchas las familias que cometen el siguiente grave error que casi siempre lo reconocen tardamente: cuando ven que un enfermo mental, o en vías de serlo, goza de buena salud física, tanto o mejor que los demás miembros de una familia, lo azuzan a que obre como ser normal, como si lamentaran que cuente con buenas defensas orgánicas o enviáran que necesita reposo y cuidados, apartado de las exigencias de la lucha por la vida. Otras le reprochan, en todos los tonos, con gestos, palabras o acciones denigrantes que haga lo que él sabe que más le conviene, y les duele ayudarlo diciéndole: «Pero si estás más fuerte que nosotros; nunca caes en cama por enfermedad; se te ve muy saludable, sin molestias, con energías como para vivir más años que los que te rodean,» etc.

Las precipitadas palabras nos ha tocado oír las en más de un caso, bien inmerecidamente. Y van repitiéndose en otros casos. Parecen pronunciadas

como para alentar pero, generalmente hablando, las mismas sólo reflejan miseria moral. Sin embargo, en lo íntimo de sus conciencias algo les dice que obran mal, que sus palabras las dicta un egoísmo maligno que desearían poder reprimir, porque expresan hasta el temor, el miedo de desaparecer, de morir antes que los demás. Y no es extraño que personas consideradas muy cuerdas griten — o le den a entender lo mismo sin gritos — al que sufre graves alteraciones emocionales que ni los psicólogos advierten, que sólo él constata y procura remediar: «¡A la calle; nos caes mal; a trabajar como cualquier hijo de vecino!» ¡Farágan!, etc. Creyéndose en posesión de la razón lanzan improperios, pero al mismo tiempo la intuición les avisa que presencian la posible autodestrucción de la persona maltratada, allegada o no, como el caso de Marilyn Monroe, pero se resisten a creerlo hasta que sucede lo irremediable. Luego los familiares sensibles, que creyeron obrar bien, que se equivocaron tan lamentablemente, lloran y derramando cálidas y sinceras lágrimas de arrepentimiento, aunque tardías, exclaman: «¡Quién iba a imaginar que en dos, tres o diez años continuaba necesitando vivir como quería, como decía convenirle a su salud mental, y trabajar en lo que le gustaba aunque no produjera dinero! ¡No era un holgazán! ¡Cuán ruines fuimos! ¡Lo empujamos al suicidio!

No creemos sinceramente. Es grande el número de ejemplos que prueban que de las familias depende que las mentes de millones de nuestros semejantes de todo el orbe no enfermen. Para no salirnos del mundo del arte, de todas las artes, en el que se desenvolvió Marilyn Monroe, nos referiremos, brevemente, a las situaciones dramáticas que vivieron Roberto Schumann y Vatzlav Nijinsky. Este nació en 1890, treinta y seis años antes que la malograda artista precitada, que murió teniendo esos mismos años de edad por haber nacido en 1926. Ambos tardaron varios lustros en perder el juicio. Y precisamente los recordamos para que todos los profanos comprendamos que en resolver favorablemente conflictos psicológicos perturbadores y recuperar la salud mental pueden transcurrir lustros también, pero los esfuerzos en este buen sentido son admirables y encomiables.

Schumann nació en Sajonia en 1810. A los veintitrés años de edad la oposición, en particular, que músicos afamados hacían al desarrollo de su música, le produjeron disgustos tras disgustos, hondos trastornos nerviosos y en un momento de irritada y gran melancolía, de crisis nerviosa, empujado, al fin, por las pesadumbres, se tiró de la ventana a la calle. Sin embargo, siete años después, por su abundante y valiosa producción literaria y musical la universidad de Jena le otorgó

el grado de doctor « honoris causa » en Filosofía.

Durante largos años Schumann pasó noches enteras desahogando sus penas junto al piano, componiendo, viviendo y sufriendo por y para la Música. Demasiado tiempo lo pasó mal comiendo, y hasta dejando de comer para poder pagar el alquiler del instrumento musical del cual parecía formar parte él mismo, y del que no podía prescindir. Triunfó, pero no sin que tuviera que sostener luchas tremendas. Llegó a casarse con la mujer que quería, y fue feliz. Pero su pasado de luchas agitadoras, decepcionantes, angustiosas, continuaba atormentándolo sin dejar de estar como afiebrado por la creación artística. Y cada día, mes y año que transcurría era menos capaz de dominar sus emociones.

Las mayores fatigas las sufrió en 1850. Nada ni nadie se oponía a que siguiera por el camino que le llevaba a la demencia. Schumann conocía su estado anormal, pero hacía lo contrario que convenía a su salud mental: se alteraba produciendo sin descanso más y más obras musicales. Y en 1854, en Dusseldorf, en la noche de Carnaval se tiró de un puente al río Rhin. Por casualidad dos barqueros estaban cerca, y uno se tiró al agua mientras la barca se acercaba. Y le salvaron sin saber quién era. Sus salvadores lo acompañaron hasta su casa. Al llegar a su hogar Roberto abrazó a su mujer y a sus hijos llorando. No carecía de entendimiento, pero era indudable que se daba cuenta de que lo estaba perdiendo.

Por la extraña manera que a veces se comportaba, y el nuevo intento de suicidio, a sus familiares y amigos no podía ya caberles la menor duda de que perdía el juicio. Hacía años que lo veían andar de noche por su casa silenciosamente, sobresaltándole el más mínimo ruido que él mismo hacía al tropezar con cualquier cosa. En su deambular nocturno casi siempre lo sorprendían hablando en voz baja. Cuando le dio por dedicarse al espiritismo su esposa lo acompañaba y lo ayudaba. Esta, no queriendo contrariarle, le daba gusto en casi todo, le seguía la corriente en sus rarezas. Por otra parte, nada efectivo hacía por apartarlo de su idea fija de componer sin medida que prevalecía en su conducta, que lo obsesionaba, debilitaba sus fuerzas, lo hacía delirar, y lo atormentaba y lo empujaba en dirección del manicomio o hacia el suicidio. Mucho amaba a su esposa, pero inconscientemente contribuía a aumentar el carácter grave y progresivo de su enfermedad mental.

F. OCANA

(Continuará.)

Un cuento de Tolstoi

La tierra que un hombre precisa

— I —

DE la ciudad vino una hermana mayor a ver a su hermana menor, que vivía en el campo. La mayor estaba casada con un comerciante de la ciudad, la pequeña con un campesino del villorrio. Mientras bebían el té y hablaban, la hermana mayor se puso a elogiar su vida en la ciudad, lo bien que vivía, qué habitaciones tan grandes tenía, qué hermosos vestidos se ponían ella y sus hijos, qué buenas cosas comían y bebían, y cómo se divertían en los espectáculos, teatros y diversiones.

La hermana menor, un poco picada, se puso a hablar desdeñosamente de la vida de los comerciantes, haciendo luego el elogio de su propia existencia de campesina.

— No cambiaría mi vida por la vuestra, dijo; si vivimos pobremente, en todo caso, no tenemos ninguna clase de temores. Vosotros vivís mejor, pero siempre estáis sobre el quien vive. Hoy sois ricos, pero tal vez mañana mendigaráis por las calles. En todo caso nuestra vida de campesinos es más segura. Un estómago de labriego es estrecho, pero dura mucho tiempo. Nosotros nunca nos volveremos ricos, pero siempre tendremos bastante.

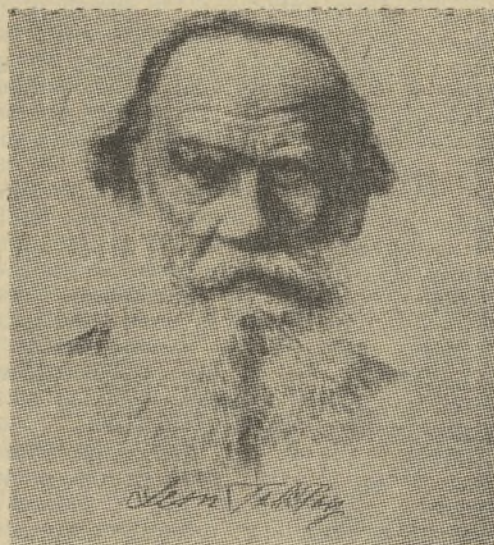
— Bastante, dijo la buena hermana mayor, si, posiblemente tengáis bastante, ¡como los cerdos y los terneros! Pero no vivís confortablemente, no estáis en la sociedad, ni tenéis bellas maneras. Por mucho que trabaje tu marido, siempre viviréis en el estercolero, y moriréis también en él, vosotros dos y vuestros hijos.

— ¿Y eso qué importa?, dijo la hermana menor. Nuestra vida es así. Pero al menos vivimos tranquilos. No nos inclinamos ante nadie, ni de nadie tenemos miedo. En las ciudades, vosotros vivís en medio de las tentaciones. Hoy todo va bien, pero mañana el Maligno tentará a vuestros hombres por medio de las cartas o del vino o de las mujeres; y todo estará perdido. ¿No es esto verdad?

Pakhom, el marido, recostado cerca de la estufa, escuchaba la conversación de las mujeres.

— Es verdad, dijo, es la verdad de Dios. Cuando se ha trabajado y dado vuelta a nuestra pequeña madre la tierra casi desde que era niño, no entran en vuestra cabeza las tonterías. Lo fastidioso es que no se tiene bastante tierra. Si se pudiera tener la tierra que uno quisiera, a nadie temería, ni al mismo diablo.

Las mujeres terminaron su té, hablaron un poco de sus tocados y luego se fueron a dormir.



Pero el diablo, que estaba sentado detrás de la estufa y había escuchado todo, se alegró de que, empujado por su mujer, el marido se hubiera creído con fuerzas para luchar con el mismo diablo, si tuviera tierra suficiente.

— Muy bien, dijo, ya nos veremos. Te haré regalo de un lote de tierra y de este modo serás mío.

Cerca del pueblo vivía una señora que poseía trescientas fanegas de tierra cerca de los campos de los campesinos. Vivía en paz con éstos y nunca los maltrataba; pero un día ella contrató a un viejo soldado como intendente (dvornik), quien se puso a agobiar de multas a los labriegos. Pakhom vigilaba cuanto podía a su propiedad, pero siempre tenía un caballo que se encontraba en la avena, o una vaca que se había perdido por la huerta, o uno de los terneros era sorprendido por los prados — y cada vez, una multa.

Pakhom pagaba las multas, pero ahora siempre había golpes y reproches en la casa. A menudo durante aquel verano fue sorprendido en fraude por el intendente, y se alegró cuando vino el invierno, pues así podría encerrar adentro a los animales. Echaba de menos su forraje, pero al menos no sería molestado. Durante el invierno corrió el rumor de que la señora vendía sus tierras y que el dvornik quería comprarlas. Esta noticia hizo murmurar a los campesinos.

— Esto va de peor en peor, dijeron; si el dvornik se hace dueño de la tierra nos agotará con sus multas. Será peor que con la señora. Nosotros sin esta tierra no podemos vivir; nos rodea por todas partes.

Todos los viejos del villorrio fueron pues, a ver a la señora y la rogaron que no vendiera la tierra

al dvornik sino a ellos, prometiendo que la pagarían bien. La señora aceptó. Entonces los campesinos se esforzaron en ponerse de acuerdo para comprar toda la tierra en común. Tuvieron varias asambleas, pero no pudieron decidir nada. El diablo los hacía enfadarse cada vez y no podían llegar a ningún acuerdo. Al fin decidieron que cada hombre compraría cuanta tierra pudiese. La señora aceptó aún esto. Pakhom escuchó que un vecino había comprado sesenta fanegas, y que la señora había consentido a que le pagara la mitad de la suma y la otra mitad liquidada en dos años. Pakhom tuvo envidia. Van a comprar toda la tierra, pensó, y yo no tendré nada. Habló de ello a su mujer.

— Todo el mundo compra, dijo, y es necesario que nosotros también compremos treinta fanegas. No podemos hacer otra cosa. Ese dvornik nos arruinará con sus multas.

Tenían ya ahorrados un centenar de rublos. Vendieron luego el potro y la mitad de las ovejas; alquilaron a su hijo como peón de campo, y así terminaron por reunir la mitad de la suma.

Cuando tuvo el dinero, Pakhom escogió cincuenta fanegas con un poco de bosque, y se fue a casa de la señora para iniciar la compra. Lo arreglaron todo y Pakhom pagó un adelanto. Luego se fueron a la ciudad para escriturar las tierras, pagando Pakhom la mitad de la suma de compra, prometiendo pagar la otra en dos años.

Pakhom se fue, pues, a su propia tierra. Pidió prestadas semillas, las sembró en los nuevos campos y recogió una bella cosecha. En un año pagó todo lo que debía, a la señora y su cuñado, volviéndose un propietario de tierras. Labraba y sembraba su propia tierra, hacía pacer a sus animales en su prado, segaba su propio heno y cortaba sus propios árboles. Cada vez que salía para arar su propia tierra, que ahora le pertenecía para siempre, o para mirar a las mieses o al prado, su corazón se llenaba de alegría. La hierba y las flores le parecían completamente diferentes a las otras. En otros tiempos, a veces había pasado por allí, y aquel lote de tierra no le había parecido diferente a ninguna otra tierra; pero ahora era un lugar raro y extraordinario.

Así vivía Pakhom y se sentía feliz. Y todo hubiera marchado bien si solamente los campesinos no hubiesen empezado a invadir los campos y los prados del prójimo. El se quejó y les advirtió varias veces que no lo hicieran, pero inútilmente. Un día eran los pastores que dejaban a las vacas vagabundear en los prados; la noche siguiente los caballos rompían los cercos y se metían por las mieses. Pakhom los expulsaba y los perdonaba muchas veces, sin querer recurrir a la ley. Pero pensaba: « No los podré perdonar siempre, pues acabarían por engullirse toda mi propiedad. Precisa que les dé una lección ».

Les dió, pues, una lección, una vez, dos veces, en el tribunal; se citó a varios campesinos y se los multó. Entonces los campesinos se enfadaron e hicieron daño intencionadamente a Pakhom. Una noche, uno de ellos fue a su bosque, cortó

una docena de tilos y se llevó sus cortezas para hacer zapatos. La primera vez que Pakhom fue al bosque, vió un claro entre los árboles. Avanzó; los árboles estaban por el suelo, mientras que los tocones emergían entre ellos.

Pakhom se puso furioso: « Maldito sea quien me ha hecho esto », exclamó. Si pudiera saber quién ha sido, me las pagaría ».

Pensaba y pensaba: ¿Quién puede haber sido? « Debe de ser Simón, dijo en fin; sólo él puede haber hecho esto ». Fue, pues, al patio de Simón y miró por todo, pero no encontró ninguna corteza, con el resultado de enfadarse con Simón por nada. Pero después de todo creía estar en lo cierto de que Simón era quien había hecho el golpe. Por lo tanto lo denunció al tribunal. Simón fue perseguido una vez, dos veces. Por último, le dejaron libre, pues no tenían ninguna prueba contra él.

« Protegeís a los ladrones, dijo. Si vivierais honradamente vosotros mismos, no los dejaríais libres ». Así Pakhom se enfadó con los jueces y con los vecinos. Estos acabaron por amenazarle con prenderle fuego a la casa y a los bosques si no los dejaba tranquilos.

Pakhom tenía ahora mucho más espacio para sus labranzas, pero había menos espacio para él en el mundo.

—II—

Un poco después se corrió la noticia de que muchos se marchaban para establecerse en nuevas tierras. Y Pakhom pensó: « No me agradaría a mí dejar mi tierra, pero si algunos de mis paisanos debieran partir, tendríamos más lugar aquí. Yo compraría sus tierras, y se viviría mucho mejor. Ya somos demasiados aquí ».

Un día, Pakhom estaba sentado cerca de su puerta cuando un campesino nómada se le acercó. Le dieron de comer y lo invitaron a que pasara la noche en su casa. Luego empezaron a conversar y le preguntaron de dónde venía. El campesino les contestó que del Sur, del Volga, en donde había trabajado. Poco a poco les contó cómo iban allí las gentes y se establecían; cómo algunos campesinos de su villorrio habían ido allí, habiendo sido recibidos por la comunidad, habiendo recibido cada uno treinta fanegas de tierra. « La tierra es tan buena, dijo, que cuando se siembra centeno, crece lo bastante como para esconder a un caballo, y tan espesa, que con cinco puñados se puede hacer una gavilla. Un campesino que llegó allí completamente pobre y que para trabajar no tenía nada más que sus manos, es ahora dueño de seis caballos y de dos vacas ».

El corazón de Pakhom se inflamó.

« ¿Para qué sufrir en este lugar abarrotado, pensó, cuando allí podríamos vivir tan bien? Vendería mi casa y mi tierra, y con el dinero que lograra me marcharía allí. Aquí, en este pozo tan poblado siempre hay dificultades. Solamente lo que tengo que hacer es darme bien cuenta por mí mismo de todo lo que este campesino dice ».

Partió en la primavera. Descendió por el Volga en barco hasta Samara. Luego viajó a pie casi trescientas millas, y acabó por llegar al lugar. Encontró que todo era verdad, exactamente como se lo habían contado. Los campesinos vivían confortablemente, y cada uno de ellos había recibido treinta fanegas. Todos los recién llegados eran bien acogidos por la comunidad. Y si alguno de ellos tenía dinero podía comprar cuanta tierra quisiese para su propiedad privada, además de su lote. La mejor tierra solamente costaba dos che-lines por fanega, y se podía comprar cuanta se quisiese.

Pakhom se enteró de cuanto quería saber. Luego regresó a casa al comienzo del otoño, y se puso en seguida a vender. Vendió su tierra con un buen beneficio, vendió su casa y sus animales, hizo borrar su nombre como componente del villorrio, y a la primavera siguiente partió con su familia para su nueva residencia.

Llegó por fin a las nuevas tierras y se hizo inscribir en una de las comunidades del pueblo más grande. Dió una fiesta a los viejos del lugar, puso en orden todos sus papeles, fue recibido oficialmente en la comunidad y se le entregaron ciento cincuenta fanegas en lotes separados para los cinco miembros de la familia, sin contar los pastos. Construyó una casa y compró animales. Tenía ahora tres veces más tierra que antes, y la tierra era muy buena. Tenía abundancia a la vez de tierras de trigo y de forraje, pudiendo criar cuanto ganado le viniera en gana.

En seguida, mientras construía y arreglaba su nueva propiedad, Pakhom estaba contento de todo; pero más tarde empezó a darse cuenta de que también allí se sentía apesadumbrado. El primer año sembró trigo candeal en una parte de su lote y cosechó mucho. Entonces deseó sembrar más trigo candeal, pero « no tenía bastante tierra y la que tenía no era conveniente para tal propósito ». En aquellos lugares se cultivaba el trigo en campos de barbecho. Se lo siembra un año, dos años, y luego se lo deja estéril hasta que la hierba crezca. Esta clase de tierra para el trigo es muy buscada, y no hay bastante para todos.

También allí había disputas; los campesinos ricos cultivaban sus tierras ellos mismos, pero los pobres debían alquilar las suyas a los comerciantes, que por ello les pagaban sus impuestos, so pena de que pidieran prestado el dinero.

Pakhom deseaba sembrar un lote de trigo candeal; al año siguiente fue, pues, a ver a un comerciante y le alquiló por un año otro pedazo de tierra. El trigo candeal dió una buena cosecha, pero había que cargarlo hasta la ciudad, a dos millas de allí. Pakhom veía que los campesinos

comerciantes que vivían cerca de él, tenían muy buenas casas y se enriquecían. « Hay que seguir su ejemplo, pensó; si solamente pudiera tener como propiedad bastante tierra, me haría una buena casa y ya no desearía más ». Y en lo sucesivo buscó cómo podría encontrar un buen lote de tierra bien grande, que fuera de su única propiedad para siempre.

Pasaron así tres años. Cada año, Pakhom alquilaba un lote de tierra en el que sembraba trigo. Los años fueron buenos y las cosechas abundantes; y Pakhom empezó a reunir un pequeño tesoro. Vivía ahora muy confortablemente, pero se cansaba de tener que alquilar cada año más tierra, con sus consiguientes sinsabores. En seguida que había un buen lote de tierra en venta, de todas partes se precipitaban, y en menos que se abren los ojos ya había sido comprada; y si uno llegaba un poco tarde, ya no quedaba nada para sembrar. Una vez se puso de acuerdo con un comerciante para comprar un prado; y cuando lo hubieron labrado, los campesinos que lo habían vendido se disputaron, y todo el trabajo se perdió. « Si solamente tuviera yo toda la tierra suficiente », pensaba Pakhom.

Entonces Pakhom se puso a averiguar dónde podría comprar dicha tierra; acabando por encontrar a un campesino que poseía mil quinientas fanegas y que las vendía baratas porque se encontraba necesitado. Pakhom se puso en tratos con él, regateó y acabaron por ponerse de acuerdo en el sentido de que costarían mil quinientos rublos, la mitad de la suma en el momento de cerrar el trato, y la otra mitad más tarde. El negocio estaba hecho cuando pasó por su casa un campesino nómada, quien le pidió a Pakhom un poco de comida.

Bebieron un vaso de té y se pusieron a conversar. El campesino dijo que venía de la comarca de los Baskiros, muy lejos; en donde había comprado cinco mil fanegas por mil rublos.

Pakhom le hizo numerosas preguntas.

— Lo que hay que hacer es ponerse a los viejos Baskiros del lado de uno, dijo el campesino. Yo les di ropas de dormir y un tapiz que me había costado cien rublos, como también un cajón de té; les di una fiesta con un poco de vino, y logré así que me vendieran la tierra a veinte kopecks por fanega. La tierra está bordeada por un pequeño arroyo y toda cubierta de pasto. El campesino le enseñó sus títulos y Pakhom se puso a interrogarle aún más: ¿Cuánta era la tierra que había allí? ¿A quién pertenecía?

— Allí la tierra no tiene límites, dijo el campesino; en un año no podríais recorrerla, y es toda de los Baskiros. Las gentes son tan tontas como los carneros. Se puede conseguir la tierra casi por nada.

« Y bien, pensó Pakhom ¿por qué pagaría yo mil quinientos rublos por mil quinientas fanegas, además de endeudarme, cuando con mil rublos podría tener cuanto tierra quisiese? ».

Pakhom se informó de cómo se iba a aquella comarca y desde que el campesino se fue, hizo sus



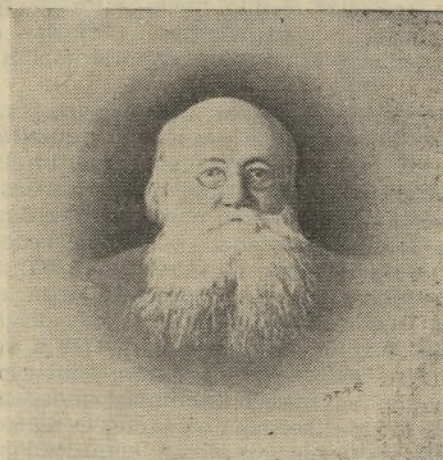
La herencia intelectual de Kropotkin

HACE tiempo un compañero de los que más han leído, y de los que más leen, nos recordaba, dando a conocer una serie de efemérides, el ciento diez aniversario del nacimiento de Pedro Kropotkin. A título de curiosidad no deja de revestir cierto interés el evocar determinadas efemérides, sin que ello suponga, por supuesto, el que tengamos que centrar un diapasón de alabanzas o execraciones a fecha fija y a tono con las figuras o hechos evocados.

Sería una afirmación aventurada el decir que a Kropotkin se le tiene olvidado. Mas, lo que ya no es tan desacertado, es señalar que, particularmente entre los jóvenes libertarios, bastantes son los que de él apenas si han leído algo. Tan sólo saben que ha sido uno de los pensadores más representativos del anarquismo. Importa decir también que la casi totalidad de quienes no han leído sus obras es porque a ello no han sido incitados; porque no se les ha demostrado lo que ellas significan, o simplemente, porque apenas leen, llevados de esa negligencia, esa pereza mental que, desgraciadamente, a muchos les caracteriza. Agreguemos que no es cosa de tomar en serio a algún que otro pedantuelo — en todas partes los hay — que consideran mejor citar a media docena de autores a la moda que hablar de « esas viejas barbas del anarquismo ». Recuerdo que no hace mucho tiempo tuve ocasión de hablar con dos jóvenes libertarios, henchidos de suficiencia, a quienes parecía cosa anticuada, fuera de lugar, hablar del « Quijote ». Incluso con el aire despectivo que hubieran podido emplear hablando de cualquier novelucha folletinesca de Luis de Val o Contreras, manifestaban no haberse dignado perder el tiempo leyendo la inmortal obra de Cervantes.

Kropotkin es uno de los autores, la mayor parte de cuyas obras pueden releerse siempre con pro-

preparativos para la marcha. Dejó a su mujer para que cuidara la casa, se llevó con él a su peón de campo, y se puso en ruta. Por el camino se detuvieron en una ciudad, donde compraron vino, té y regalos, como el campesino había aconsejado. Viajaron durante trescientas millas y al séptimo día acabaron por llegar a la comarca de los Baskiros. Todo era allí exactamente como el campesino había mencionado. Las gentes vivían en las estepas cerca del río, en carros cubiertos de pieles. No labraban la tierra y no comían pan. Los caballos y demás animales pacían en grandes rebaños por las estepas. Los potros estaban atados detrás de los carros y les traían las yeguas dos veces por día. Con la leche hacían té y kumis, comer carne de oveja y cantar canciones con sus caramillos.



vecho y agrado, con atención sostenida. Y si convenimos en que pueden releerse, ni que decir tiene que ha de ser aprovechable su lectura para aquellos que no la han leído.

Kropotkin, con el ejemplo de su propia vida, nos demostró cómo, si se tiene un amplio concepto de la dignidad humana, el ambiente en que el individuo se haya desarrollado no influye en las ideas de éste. He ahí un libro de memorias magnífico: « Autour d'une vie », o « Memorias de un revolucionario », como creo se titula la traducción española. Pedro Kropotkin narra su propia existencia; regalada vida de príncipe ruso, rodeado de toda suerte de comodidades, mimado por todos, sin conocer privaciones, beneficiándose de una esmerada instrucción y con un brillante porvenir asegurado. Pero en el pecho de este hombre emparentado con la alta nobleza rusa, viviendo con ella, rico y adulado, brota un anhelo de justicia social, un ansia de fraternidad humana. Y, en pos de este apostolado laico, tomando como lema la verdad, la justicia, la fraternidad y la libertad, rompe con los lazos familiares y de posición social. Vive una existencia de revolucionario y de filósofo. Se abre camino en la empresa conspirativa y lanza a todos los vientos la semilla de la propaganda. Ideas manumisoras que ven la luz en folletos, artículos de periódicos y revistas, así como en conferencias, antes de cuajar de un modo más amplio y profundo en el texto de los libros.

Eliseo Reclus, hermanado en concepciones y voluntad con Kropotkin, tuvo la feliz idea de iniciar que se recogieran en un volumen toda una serie de artículos del pensador ruso. A ello se debe que fuesen publicados los dos conocidos libros que llevan por título « La conquista del pan » y « Palabras de un rebelde ». En su mayor parte,

los trabajos incluidos en los citados volúmenes son de simple propaganda; prosa de combate, emergiendo con lógica inflexible de la realidad, de las constataciones del vivir social cotidiano. Constituye el texto de los dos libros mencionados una parte de la considerable labor de proselitismo incansable llevada a cabo en los medios obreros y revolucionarios a base de conferencias, en asambleas, en comicios donde hacía falta sentar posiciones claras y contundentes, y en las columnas deperiódicos y revistas de orientación libertaria.

Pero Kropotkin no es tan sólo el agitador, tenaz y convincente, que sabe despertar inquietudes en el ambiente popular. Hay en él una inteligencia nada común para adentrarse por todos los caminos de la cultura, dejando con sus investigaciones profunda huella. Deseando poner de relieve los factores que determinan y pueden determinar una conmoción social de tipo revolucionario, escribió «La Gran Revolución», estudio serio y original en torno a la Revolución francesa de 1789 a 1793. En este libro se evidencia la acción constructiva y justiciera de las masas anónimas, independientemente del sesgo directriz que a ella le dieron unas cuantas figuras representativas, enquistadas en las funciones de tipo estatal. «La humanidad —decía Kropotkin en las últimas páginas de la obra mencionada— marcha de etapa en etapa, y estas etapas están fijadas en el espacio de centenares de años por grandes revolucionarios». Y se preguntaba: «¿Cuál será la nación que se hará suya la tarea terrible y gloriosa de la próxima gran revolución?» ¡Cuántas profundas deducciones hubiera podido hacer el autor de «La conquista del pan», en un estudio comparativo de la Revolución francesa con la Revolución española de julio del 36!

Vivió Kropotkin, ya en su madurez, un período en que se exaltaba, con frases rimbombantes, el valor de la ciencia como incuestionable vehículo de progreso. De la ciencia se esperaban toda suerte de bienandanzas, culminando en la humana felicidad. De ahí, que escribiera su libro «La Ciencia Moderna y el Anarquismo», para poner de relieve, de un modo claro y preciso, el que tomando como principio los conocimientos ofrecidos por las ciencias históricas, por la Sociología y la Filosofía, queda robustecido, sentado de un modo firme, concluyente el ideario anarquista. Un naturalista genial, Carlos Darwin, había expuesto las premisas del origen del hombre y de las especies. Se habló entonces, y se puso en moda lo de «la lucha por la vida», una supuesta selección natural de los

seres más aptos y mejor favorecidos por la Naturaleza en detrimento de aquellos de condiciones físicamente inferiores. Economistas y pensadores de formación burguesa pretendieron justificar científicamente con su pseudo darwinismo el desbarajuste social. A ello respondió Kropotkin con su magnífica obra «El apoyo mutuo», demostrando con argumentos científicos, con atestaciones comprobadas, cómo la lucha ciega, brutal, entre las especies, no ha sido en el pasado ni tiene por qué serlo en el presente y el futuro norma de vida. De ahí que científicamente hablara de la ayuda mutua entre los animales, entre los salvajes, entre los bárbaros, en las ciudades medioevales, e incluso en la vida moderna. «El apoyo mutuo» puede considerarse como la obra más representativa, con ser importantes todas las demás. Cuando con propósitos de mistificación se pretende enfrentar la ciencia social con el anarquismo «El apoyo mutuo» representa un formidable alegato en favor de lo que es fundamental para nuestras ideas: la solidaridad, el espíritu de ayuda como factor de progreso y de renovación social.

Ya al fin de su larga vida, además de las citadas obras y otras que omito, quiso Kropotkin plasmar ampliamente en un volumen, lo que en sí representa el origen y evolución de la Moral. Quería demostrar cómo, una ética consubstancial con los más arraigados principios humanitarios y de justicia, está encarnada en el anarquismo. Falleció antes de haber podido dar fin a su obra. Pero lo que de ella conservamos, la «Ética», nos muestra de un modo claro lo que hubiera podido ser su libro. En la obra citada hay un vasto cúmulo de ideas sobre moral, desde los más representativos moralistas de la antigua Grecia hasta el malogrado Guyau, por quien Kropotkin sentía franca admiración dada la justeza de sus conclusiones en materia de moral.

Rica en ideas es la herencia intelectual que nos ha legado Kropotkin. Lo mismo el hombre culto quien tan sólo posee una instrucción elemental, pueden en los libros de Kropotkin hallar materia de estudio, sanas sugerencias, rico caudal de conocimiento.

De Pedro Kropotkin decía Georges Brandés: «Es un revolucionario sin énfasis y sin emblema.» En él se aunaba el hombre de acción y el sabio, capaz para la actividad insurgente y para el estudio. ¿Es que acaso no podemos decir que es ella, para todos los tiempos, una característica bien ejemplar?

FONTAURA





Las parábolas cínicas

La bellota generosa

PARA qué filosofar? dijo Teomano. Toda la ley se resume en una palabra : Amar.

— ¿Amar a quién? interrogó Eubulo.
— Amarlo todo. Primeramente, amar por encima de todos los seres y de todas las cosas, al Dios que ha creado a los hombres; que ha hecho la tierra para que les sirva de morada; que ha desplegado el cielo encima de sus cabezas, gloriosamente; que hace madurar a los frutos que les sirven de alimento y, para refrescarlos, hace manar aguas vivas. Amar en seguida a sus criaturas y particularmente a los otros hombres en quien podemos — como un hermano emocionado cree ver en la cara de su hermano, la sonrisa de los padres ausentes y su propia sonrisa — reconocer la imagen del Creador y nuestras propias imágenes. Pues está permitido de proclamar ante todos esta enseñanza de los misterios, a saber, que estamos hechos a semejanza de Dios.

Eubulo, seducido, sonreía. Pero Teomano continuaba :

— ¡Nos ha dado todo! Y como en cada instante él es el todo, por miriadas de regalos ofrecidos por miriadas de manos luminosas, él se da constantemente. Imitémosle. Es la sola virtud y la sola felicidad.

Teomano no podía ya hablar más, como cuando se padece una alegría demasiado fuerte, balbuceaba :

— Darse, ¡oh!, darse...

— Maestro, dijo Eubulo. Teomano es grande.

— No hay más grandeza humana que la sabiduría, objetó Psicodoro. Y Teomano no es sabio, si ignora la hora y la manera de darse.

— Siempre, siempre, afirmó el balbuceo del iniciado, siempre hay que darse. Y de todos los modos...

A lo cual, el viejo filósofo le interrumpió diciéndolo:

— Escuchad, pues, una parábola, impacientes hijos míos :

..

Una bellota, caída de la encina, cantaba en el suelo un canto desatinado :

— Amo, amo y quiero entregarme.

— Niño pobre, dijo la encina, mucho podrás dar más tarde si ahora te niegas a ello. Pues el deber de la bellota no es darse, sino realizarse. Deslízate silenciosamente hacia la soledad. A lo largo del camino, escóndete entre las hojas, en las

piedras y entre los guijarros, no sea que seas vista por un bestia ávida. Cuando hayas encontrado tu desierto, húndete profundamente en el suelo. Que todos ignoren por mucho tiempo la propia obra que en tí mismo haces y que tus raíces se deslicen, cual serpientes, buscando, para hacerlos vida, a los jugos adormecidos de la tierra. Erigete poco a poco, engrándecete y desarróllate. No te inquietes por la soledad que te rodea y no llares enemiga a esta protectora de tu debilidad. Más tarde, tu belleza será la potente llamada que puebla una comarca. Entonces los dedos del viento harán estremecer a cada una de tus ramas como a una cuerda melodiosa y serás tú la vasta lira, encrucijada que canta. Serás el abrigo y la sombra. Como los corautas conocen el corifeo y danzan en armonía con su danza, los pájaros te conocerán, y sus alas y sus gargantas vibrarán sobre el ritmo de tus ramas. Los jóvenes cuyo amor es perseguido conocerán el camino que conduce hacia tu gran tronco para darse sus besos. Así vivirás bajo cascadas de luz, cobijando un mundo cargado de nidos que gorjean y de pensamientos que tiemblan.

Pero la bellota obstinada ni siquiera escuchaba, pues siempre exclamaba :

— ¡Darme, darme!

Tampoco se escondía, ofreciéndose cual presa. No obstante hizo un esfuerzo. Quiso escapar a los inoportunos consejos o, como pensaba, a las habladurías de un viejo. Trató, pues, de rodar hacia el camino a fin de aumentar sus posibilidades de ser visto y de darse.

Lo que al cabo logró.

Una piara de cerdos pasó por allí, entre gruñidos. La bellota generosa tuvo la alegría que buscaba. Fue triturada entre dientes deslumbrantes. Así se volvió un poco de estiércol y un poco de carne que se revuelca entre el barro.

..

— Hijos míos, concluyó Psicodoro, esforzaos en ser potentes y armoniosos. Por este medio os daréis y os daréis mucho. Pero el impaciente que quiere darse en vez de realizarse, comete un crimen múltiple : se destruye, él, que representa un vasto porvenir de sombra y de canciones; da poco y da mal a quien vale menos que él.

HAN RYNER

(Trad. V. M.).

Precursores de la educación

Elena Key

CUANDO se incursiona por la vida, formación e inclinaciones de las mujeres que en el siglo pasado surgieron como luminarias en las inquietudes de su época, nos damos cuenta de que su idiosincrasia suele destacarse por un sentido propio de responsabilidad, por un consciente YO que burila su personalidad, por un corazón que se inclina bondadoso al dolor humano, por un afán de mejora del individuo para mejorar a la sociedad de que forma parte, la que se desea en perenne dignificación.

Luisa Michel, por ejemplo, se entrega como enfermera y madrecita a los inquietos de la Comuna de París; Concepción Arenal se desvive para solucionar el problema que afecta a los castigados por una «justicia» con frecuencia confusa y tirana; Clemencia Royer, nos da la pauta para estimar al átomo como motor del mundo; madame Curie, procura hallar en la ciencia algo que beneficie a la humana grey; madame Yoteyko, busca en la educación de la mujer el fundamento de una sociedad razonable por el comportamiento de sus seres; Séverine, brega para terminar con los crímenes guerreros; la doctora Magdalena Pelletier lucha para el laicismo escolar en un sentido profundamente humano y racional; Magdalena Vernet, en su «Avenir Social», trata de dar forma y vida al problema de la escuela liberada de toda intromisión extraña a los intereses de los padres y de la personalidad del niño; en fin, las mujeres del siglo pasado y comienzos del presente, vibraron al impulso de una bondad generosa y noble y se formaron y movieron en un ambiente libre de rutinas, de tradiciones cómodas, de culpas a seres imaginarios cuando del bien y del mal se trata, o de fatalismos adaptados a todas las conveniencias y excusas de la voluntad tambaleante.

Elena Key, la admirable mujer sueca, educadora y feminista razonable, no sufragista ni atávica, no podía escapar a esa norma formativa en su vivir de niña y de mujer que capta la realidad ambiente.

«He nacido —nos dice— para vivir en el campo y en la soledad en que me he formado; pero he sido educada para la actividad social y por la simpatía humana», para añadir en seguida: «El individualista que tiene la pasión de juzgarse un ser único y de exteriorizar las intimidades de su Yo, no disfrutará nunca de una existencia fecunda; en cambio el hombre sociable sabrá adquirir con su propia vida y con la de otros, riquezas y encantos siempre nuevos», todo lo cual nos ofrece el convencimiento de su comportamiento generoso y noble para cumplir su vocación voluntariamente impuesta y abnegadamente sentida.

Nace Elena Key en diciembre de 1849, de madre perteneciente a familia aristocrática y de padre de espíritu despierto, cultivado y luchador como periodista defensor del racionalismo filosófico y de las ideas que se abrían camino en las lides del pensamiento libre.

Por causa de diferencias confesionales entre las dos familias de sus padres, éstos no pudieron contraer matrimonio «legal», pero supieron consagrarse a su hija y procuraron darle una educación de acuerdo a los ideales de los filósofos y humanistas de mayor profundidad, entre los que

Rousseau figuraba en primer término.

Y la niña, sin sujetarse a métodos, sin concurrir asiduamente a la escuela, teniendo a la Naturaleza y a sus padres y relaciones selectas de la inteligencia como cultores, aprende a leer, luego el francés y el alemán con gran facilidad, tanta era su vocación y anhelos de saber y de valerse a sí misma, y tal el cuidado de los padres que la quisieron libre y buena con gran sentido de responsabilidad y de consciente valimiento.

Llegada la época de regularizar sus actividades, de imprimir un tono a sus actos, de inquirir en las cosas de la vida, Key sufre algunas dudas, se enreda en algún escepticismo turbador que sus momentos de meditación de joven entrando en la vida, la tientan para el suicidio, mas, bien pronto se recupera y comprende que aquel momento de debilidad debe trocarse en valor para la lucha propia y la de los demás que a su vez contempla desdichados por un lado, misérrimos por otro, castigados por el infortunio, la ignorancia y la explotación por doquier en que el maquinismo favorece sólo a una de las partes.

Y desde este momento, su vida toma un rumbo definido y se entrega de lleno a una lucha sin reposo para lograr la emancipación de la mujer, la liberación del hombre, la dignificación del niño con lo que poder llegar a la estructuración de una sociedad justa, equitativa, buena, armoniosa y libre como debiera ser la formada por todos los seres después de tantos siglos de experiencias y de sabores infructuosos.

Ibsen, Strinberg, Nietzsche, Rousseau, entre otros, le ofrece base para sus afanes perfectivos de la especie, llevando como ideal ese anhelo de cultura para todos, de luz en las mentes, de equilibrio en las cosas, y entonces sus escritos, sus arengas, sus actos, se convierten en pliqueta demoledora de lo que estima dañino y retrógrado, llevando en sí los materiales para construir algo sublime sustitutivo de lo rutinario y ofusador.



Ya en 1874 se la quiso encargar de la dirección de una escuela primaria, pero no se sentía con fuerzas para soportar el ordenamiento de carril, y prefirió afinar mejor su vocación y su capacidad, hasta que se decide a ingresar como profesora en un colegio de muchachas de gran reputación, notándose en seguida su influencia, y sus alumnas bien pronto reconocieron que las explicaciones de la joven Key constituían para ellas horas estimables de inefable recogimiento, en que su espíritu se iba nutriendo de pensamientos elevados e ideales confortadores que las estimulaban a proseguir en los estudios, siempre con mayor solicitud y júbilo.

No intentó Key encaminar su trabajo de educadora, hacia una didáctica escueta; preparaba a sus alumnas para hacerlas mujeres afables, diligentes, conscientes del deber y celosas de la misión altísima que las llevaba a cultivar la inteligencia y modelar el carácter.

Pero, a su vez, nuestra educadora quiso contemplar su obra, y desde 1893 a 1900, desarrolló, en el Instituto Obrero de la capital de Suecia, fundado por el sexólogo Antonio Nistrom, una activa campaña de divulgación científica, de extensión universitaria, logrando dar forma a sus inclinaciones e ideas innovadoras de infundir un sentido integral y armónico a la enseñanza.

Y desde 1887 hasta 1900, son infinidad las obras que escribió, culminando en su «El Siglo de los Niños», prosiguiendo esa labor intelectual hasta 1922 que diera fin a su obra «La Mujer y la Guerra Mundial».

Jamás cejó en su lucha en bien de la humanidad y cuando tenía derecho al descanso, terminó sus días en Estocolmo en mayo de 1926, sin haber podido contemplar ni un resplandor de sus anhelos en esta desventurada especie que día a día va más hacia el vacío y que ella quería elevada y en evolución continua. Tal vez el resumen de su acción, lo hallamos concretado en la síntesis que escribiera el amigo Eugenio Relgis hablando de ella: «Elena Key —dijo— ha luchado por todos los ideales elevados y nobles, y ha sabido hacer de su personalidad y de su propia vida un gran ejemplo de trabajo, de abnegación y de bondad».

Quedan, pues, sus doctrinas educativas, no pedagógicas ni reglamentaristas, que son, cada día más, un

motivo a tener en cuenta cuando el mundo se aquiete y tome la senda, y mejor, el atajo, de su evolución liberadora y humana.

Su ideario como educadora, lo hallamos entre sus muchas obras, en la ya citada, o sea «El Siglo de los Niños». Entre los principales sustantivos, podemos consignar sus consejos: «Enseñad a los niños a guiar, a contener sus pasiones, pero no tratéis de sofocarlas», porque el niño es un ser que se pertenece, y por eso agrega: «La educación llegará a ser ciencia y arte sólo cuando esté basada en la convicción de que por una parte no pueden ser eliminadas las consecuencias de nuestros errores, y por lo tanto siempre deberemos sufrirlas, y por otra parte, la evolución y una adaptación lenta pueden transformar los defectos en cualidades. Ya nadie creará en los milagros que pueden obrar los castigos y las impresiones violentas. Se aplicará a la psicología el principio de la indestructibilidad de la materia, y se sabrá que una disposición general no puede ser arrancada sino solamente corregida, transformada, ennoblecida...»

Elena Key señala: «No quiero decir que tengamos que guiarles, obligándoles a ser como quisiéramos que fuesen, sino que debemos hacerles imitar nuestro ejemplo sin que se den de ello cuenta. No quiero decir que les tratemos con violencia o con astucia, sino con su misma seriedad y honradez.»

Cabe subrayar que los anhelos de Key en sus afanes educativos, no son mera retórica, mera teoría, no; pone el alma, la convicción ferviente y siempre que tuvo oportunidad, en su acción educadora, puso el ejemplo. Claro que para ello del mismo modo que se impone crear una escuela con alma y espíritu humanizado, debería contarse también, con maestros vocacionales, apóstoles de la educación, no sujetos al ordenancismo reglamentarista, sino conscientes de su labor libremente ejercida sin las trabas de una economía compleja o sutil y sin el embrollo de un funcionarismo simplemente burocrático o silogista.

Y va lejos aun en su discriminación. Dice: «El error más grande de la educación actual, es el de ocuparse demasiado de los niños. El ideal de la educación futura será crearles un ambiente bello, en el sentido más extenso y elevado de la palabra, en donde podrán crecer y moverse libre-

mente, teniendo por única limitación los derechos intangibles de los demás. Sólo entonces conseguirán penetrar los adultos en el reino actual, mente casi desconocido del alma infantil.»

¿Por qué no podemos admirar en la realidad de la educación en todos los pueblos, a pesar de los intentos o ensayos de rutina o de acomodo, que se prodigan con demasiada frecuencia y con excesivo sentido de verbalismo, los alanes doctrinales de los precursores de la educación? Tal vez Key nos lo explique:

«El niño —señala—, tiene un mundo nuevo e infinito que estudiar, explorar y conquistar, y sólo encuentra obstáculos, avisos y prohibiciones inoportunas. Debe siempre hacer, dejar de hacer, buscar o querer algo que no es aquello que haría, buscaría o querría espontáneamente; y es impulsando sin descanso en sentido opuesto a sus tendencias. Todo, naturalmente, por amor, por cariño, por deseo mal entendido de ayudar, aconsejar y dirigir, y también por la ambición de moldear con aquella blanca arcilla humana, un ejemplar perfecto en la especie de niños-modelo.»

Pero se cruza, en esta implantación posible del respeto y estima racional del niño como entidad, la trabazón social, la complejidad de la vida, una economía asaz ingrata, todo lo que, si el tiempo lo permitiera en esas breves síntesis, podríamos estudiar a través de las muchas obras de la notable luchadora que había en Key. No obstante, sería de desear que cuantos se sientan más cerca del apóstol que del burócrata rutinario, procuraran estudiar sus teorías y convertirlas en realidad en lo posible, que ya sería el cumplimiento de un bien a la humana grey futura, en esa inmensa desventura que soporamos.

Para terminar, digamos con ella: «Quien quiera educar hombres y no muchedumbres, debe seguir el precepto del gran Stein: «cultivar todos los impulsos de los cuales depende el valor y la energía del hombre». Esto sucederá solamente cuando enseñemos lo más posible a los niños las ventajas y peligros de la libertad, los derechos individuales, la responsabilidad de sus propias acciones, las condiciones y deberes del libre albedrío, en una palabra, todo aquello que el asilo combate.

LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA (1)

LOS PAPAS Y LA POLITICA MUNDIAL

BAJO una forma u otra, con palabras siempre aleatorias, propias a todo lenguaje, «profético», diplomático y de engaño, los papas siempre han estado al lado de los poderosos. El poderío más reciente, el más autoritario, fue el de Alemania, tanto la del 14 como la del 39. Sobre este país la posición del papado queda resumida en la siguiente declaración: «Alemania puede haber cometido faltas; podría ser responsable de todas las desgracias humanas; pero Alemania tiene la fuerza, es más fuerte que nadie y esto es un mérito que borra muchas cosas.»

Benito XV trabajó e hizo todo lo que pudo para impedir que los Estados Unidos de Norteamérica entrasen en guerra al lado de los aliados y ésto ya durante el primer conflicto mundial. Uno de los actos jurídicamente y humanamente reprobables que registra la historia concierne a la violación de la neutralidad belga, ocurrida en la noche del 2 al 3 de agosto de 1914, por parte de la soldadesca alemana. Juristas internacionales, trabajadores de todas las tendencias sociales, humanistas y gentes liberales condenaron tal actitud de la autoridad alemana. Sólo la Santa Sede se calló. Callóse el Vaticano, pero se preocupó de que hablasen sus agentes y de que se pronunciasen de forma que los belgas quedaban mal parados. Gran barullo se armó cuando un sujeto llamado Angelucci, cura de San Marcelo, intentó justificar el desencadenamiento de la guerra diciendo que los efectos desastrosos, la secuela de la Revolución francesa, eran la causa de la guerra que se iba a volcar sobre Europa». El tono de Benito XV en persona era más granuja. Este no condenaba, justificaba: «Los sufrimientos actuales, dijo el tal Benito, nos llegan para expiar las faltas que han permitido que las autoridades públicas y las naciones se hayan alejado de Dios.» En «La supranacionalidad de la Santa Sede» un don Lucantonio acusa al «liberalismo doctrinal» de todos los males que aquejan al mundo: «No puede separarse el poder civil del poder religioso so pena de sufrir, cuando esto ocurra, los más cruentos sacrificios», deseados, claro está, por la Providencia.

Las réplicas que el catolicismo hizo y ha hecho al honrado y honroso libro de Bernanos, «Cementorios bajo la luna», están orientados por el mismo lenguaje y dirigidos por el mismo jefe. Los cavernícolas españoles utilizan los mismos adjetivos para calificar los pinitos de izquierdista social que hace en Francia el escritor François Mauriac.

La hacienda episcopal, ya lo vimos en CENIT, número 144, estaba exhausta cuando Benito XV

la diñó, es muy natural que cuando el poder se va de las manos, se va también las ocasiones del robo legal. Colaborador principal de Benito XV era ya, en 1914, el que después, siendo Papa, no vaciló en decorar al hitlerito español con la Gran Cruz de Cristo, la más alta distinción clerical.

En «Santa Teresa de Jesús», el canónigo Coubé, basándose en la enseñanza dada por el Papa Pío IX, justificaba el año 1936 la participación en la guerra y la guerra misma «cuando se hace a favor del catolicismo». «No solamente hay guerras justas, sino que ha habido muy a menudo y puede haberlas aún, guerras santas, aprobadas, prescritas y benditas por el Dios de los ejércitos (palabra bíblica), guerras en las que Dios podría considerar como pecado grave si alguno negase su concurso...» Las cruzadas fueron guerras santas. Pío IX llamó a los católicos a defender, espada en ristre, la Santa Sede... No hay paz para los impíos: *Non est pax impiis...*

Al referirnos al papa Pío IX, habremos de hacer un paralelismo divergente entre la actitud de la población cuando éste murió (1878) y la observada cuando murió Pío XII (1958). La fastuosidad que acompañó al sepelio de este último, la beatitud con la que el mundo, en general, siguió los pormenores del entierro de su cadáver, contrasta y dista mucho del intento de la población vis a vis de Pío IX cuando, aprovechando la transferencia del difunto papa, las multitudes quisieron echarlo al Tiber. Hacia la misma época, en el pueblo de Castelserás (Teruel), a falta de papa, los trabajadores, aprovechando una procesión echaron la Virgen al río Guadalupe. Esto como reflejo de lo que los periódicos relataban de lo ocurrido en la Villa Eterna.

La humanidad ha sufrido una evolución. Entonces estábamos en los albores de la Internacional de los trabajadores, había una fe social al margen y contra lo religioso; esto explica lo otro. Hoy los pueblos, tras dos guerras mundiales, se dejan llevar más por el fatalismo. El liberalismo, y con él toda la rebeldía sembrada por el socialismo y el anarquismo, ha sufrido un descenso por no haber sabido, pese a unos y a otros, preservar a la humanidad de las matanzas registradas en los últimos cincuenta años. De las guerras son los pueblos, los trabajadores los que salen derrotados, y estas derrotas repercuten en el ánimo de los mismos. De ahí que aunque libre de responsabilidades reales, el elemento liberal y libertario del mundo paga su impotencia, o su falta de cálculo político; modestos que somos en el enjuiciamiento. De ahí que de los escombros de ambas guerras, el Vaticano saque provecho. Siempre los necróforos se alimentaron de cadáver.

Hoy en todos los campos del pensamiento se pide, la mayoría de las veces sin ton ni son, reno-

vacación, cambio, cosas nuevas. Hasta en el propio movimiento anarquista se pide a gritos incierta transformación. Desde luego que en el 99 % de los casos, estas repeticiones no significan nada, son imprecisas, aleatorias, inconcretas, pero son el fiel reflejo de un estado anímico insatisfecho; quizá lo sea tan sólo debido a la superficialidad en la que como formación social se encuentran los que así gritan, quizá(cuando se le pide al anarquismo que cambie, sin señalar qué, cuándo ni cómo, no sea más que resultado de la inconsecuencia humana, genéricamente hablando, pero es ya suficiente sospechoso que ese deseo de cambio, o intercambio de chaqueta, amorfo e insulso, sea casi general. Viene a pelo aquí el recordar nuevamente que este desconcierto general de organismos, conceptos y actitudes, es uno de los objetivos señalados por el Vaticano, convencidos como está que, con la ayuda de Dios... y de los generales, en el río revuelto, el único pescador «genial» que queda es el papa.

Si el papa Pío IX se mordía la lengua antes de lanzar un exabrupto y prefería que éste fuese lanzado por sus allegados —siempre, claro está, para salvar la fachada, solamente—, el que le sucedió Pío X fue más descocado, más lengualudo. Fue un bruto en el más vulgar sentido de la palabra: «Hay que batirse con los puños. En un duelo ni se cuentan ni se miden los golpes. No se hace la guerra practicando la caridad...» ¿No es esto la expresión de cualquier cura de aldea de esos que iban en España cada domingo a «tibarrear» (2) con los mozos más fuertes del pueblo?

Después de este axioma de guerra que para sí y para sus feligreses adoptara Pío X, no es difícil creer cierta la acusación formal de la que fue objeto, según la cual, Giuseppe Sarto, alias Pío X, fuera el mayor animador del emperador Francisco José para que agrediera Servia en nombre de los imperios centrales.

Sarto y Merry del Vall, cardenal español, fueron los responsables durante muchos años de la política vaticana. Para Pío X, como para su anterior en orden numeral, discutir es ya prueba de falta de autoridad, de ahí que se denominara también el papa del «non possumus». Caracterizado sobre todo por su odio a los ortodoxos, pedía sin cesar un «castigo a la Servia». Sin su insistencia probablemente no hubiese habido atentado de Sarajevo, pretexto para desencadenar la guerra europea, ni hubiese tenido lugar la misma guerra.

Pero... sin las dos guerras mundiales, en una era de paz laica y de fe en el progreso, ¿dónde estaría ahora la Iglesia y sus reminiscencias de hechiceros y brujas?

Mas la política vaticana no cambia de chaqueta cada mes, sólo cambia el estilo, según conviene a la defensa de sus intereses mundanos. Es así como se comprende que a una orientación política de puro belicismo llevada a cabo por los papas IX y X, no podía más que suceder otro papa que confirmase la trayectoria heredada. Con Pío XI surge, no obstante, un simulacro de divergencia alimentado e inspirado por los jesuitas. Pío XI en

cuanto se vio con la tiara encima ya se mostró con simpatía hacia el famoso Hitler. Hablar del Anschluss es mentar a la compañía de Jesús y es en el Anschluss en donde el Vaticano pensó un momento que podría sacar tajada fuerte. Lo que se quería aquí era eliminar la influencia protestante en los asuntos políticos alemanes (ahí tenemos Adenauer que obra en este sentido) y entonces, como ahora, lo que se busca es que Europa siga una política homogénea con preponderancia católica. Evitemos un vistazo sobre el panorama mundial, por obvio, ya que el menos inteligente de los lectores de CENIT se ha dado cuenta cómo el Vaticano extiende sus tentáculos en todos los lugares de la política de las naciones.

Fue obediendo a las instrucciones del Papa, como en la famosa reunión de Fulda, los obispos alemanes se declararon favorables al jefe del Grand Reich y del Partido Nacional Socialista Adolfo Hitler.

La afluencia de caudales hacia el Vaticano empieza ya a verse durante el reinado de Pío XI. Gracias a esa continuidad, a esa especie de «operación de tesorización», hoy puede verse, dice París, cómo los capitales vaticanistas imperan, sobre todo en Italia, en los negocios de cualquier actividad comercial e industrial. Las sociedades inmobiliarias, las de seguro, electricidad, productos químicos y con éstos los explosivos, etc., están en poder de los agentes vaticanistas. El Banco di Santo Spirito se encarga de todas las operaciones beneficiarias.

Pío XI cune la tiara en 1922; el mismo año Mussolini se hace Duce. El famoso don Sturzo, el Gi Robles italiano, cura muy dócil y muy listo, muy granuja, dirían en puro lenguaje popular, hace votar los plenos poderes a favor de Mussolini calificado «el hombre providencial». Ocurría esto el 16 de noviembre de 1922. Siguió el tratado de Latrán que selló la alianza del fascismo y del Papado. Amparado por tales fuerzas no es raro comprender por qué Mussolini se envalentonara y no tardase en atacar a otros pueblos en plan de conquista de territorios y dominio de personas para su causa católico-fascista.

Este Pío conservó la tiara durante 17 años. Murió como cualquier mortal el 19 de febrero de 1939. Un mes después coge el gorro pontifical el que fue brazo derecho del muerto, un alma damnificada, animador de todos los atropellos más criminales de la época, inclito Pacelli, alias Pío XII.

M. CELMA

(1) E. París, «Le Vatican contre l'Europe».

(2) De Tiberio.

(Continuará.)



VERSIONES

por Denis

EL FILANTROPO

ERASE uno de esos individuos que hacen y deshacen las leyes con un gesto o para quienes las que no deshacen no existen. Banquero, propietario de tierras, y de minas, y de fábricas, y de ferrocarriles, tenía a su servicio muchas más gentes de las que parecían estar a su servicio. Apenas había en el país quien no estuviera dispuesto a satisfacer cualquiera de sus caprichos. Sólo los obreros, unos pocos obreros, no todos, en los campos, en las fábricas, en las minas, en los ferrocarriles, se le enfrentaban de tarde en tarde : hombres fuera de la realidad. Y jamás, al enfrentarse con él, le encontraban frente a sí : siempre encontraban, frente a sí, tropel de aquellas gentes que no parecían estar a su servicio.

No había adjetivo halagador que no se le prodigara en los periódicos. Era creador, innovador, emprendedor, activo, dinámico, ágil para todo menester. Dondequiera que ponía pie surgía, de la nada, la riqueza. Comarcas atrasadas se habían convertido, gracias a él, en emporios de adelanto. Pueblos escondidos en valles tras montañas inaccesibles, disponían por sus cuidados de comunicaciones con el mundo. Bastaba que pasara por un lugar, casualmente, para que aquel lugar, al poco tiempo, estuviera transformado.

Tal fué la suerte que cupo a un manojo de aldeas atrasadas, atrasadas, ocultas entre montañas inextricables. Paseando, en automóvil, ocupación a que se entregaba más que a ninguna otra, descubrió el banquero aquellas aldeas. No prestó atención alguna a ellas. ¿Qué le importaban las aldeas, ni sus habitantes? ¿Es que un hombre como él podía distraer la mirada en cosas tan insignificantes? Prestó atención, sí, a las tierras que las rodeaban. Ricas, ricas, sin duda. Fuente no explotada de riquezas. Regadas constantemente — descendía el agua por doquiera, todavía había nieve en las cimas y era estío —, bastaba cultivarlas apropiadamente para que rindieran beneficios incalculables. Antes de alejarse había entrevisto ya cual podría ser el cultivo apropiado para la obetención de aquellos beneficios.

Los habitantes de las aldeas recibieron días más tarde la visita de un grupo de ingenieros : con desconfianza. Gentes primitivas, no querían admitir que se trataba de hacerles felices. Vivían pobremente, pero vivían. ¿Quién podía asegurarles que su vida no iba a ser rota? Su instinto les advertía que tal era la amenaza suspendida sobre sus cabezas.

No tuvieron ocasión de mostrar su desconfianza. Nada tenían que decirles a ellos los ingenieros. Llevaban, simplemente, órdenes para los alcaldes : perentorias. Acompañados por éstos, recorrie-

ron todo el valle : ¡delicia del aire, delicia del murmullo de las aguas, dulce, dulce, delicia del clima, primaveral en pleno verano, no advertidas y condenadas a desaparecer!

Escogieron los ingenieros lugar donde construir una fábrica, y una semana después comenzaron los trabajos. Grandes camiones, ruidosos, malolientes, aportaban hierros, maderas, ladrillos y todo género de materiales; grupos de obreros que miraban a los campesinos con menosprecio, y que habían invadido las aldeas, elevaban, con aquellos materiales, edificio enorme, que a los campesinos no admiraba, que les parecía, a los campesinos, habitantes de casas que no eran casas, feo, feo.

Concluida la construcción de la fábrica, exigía cultivo diferente de las tierras. Nada de trigo, para hacer el pan, ni de hortalizas, por sus mismos cultivadores consumidas. Se traería el pan de otros lugares, y lo mismo las hortalizas. Allí podían dar las tierras producto de más valía. No, sin duda, para los aldeanos. Pero ¿qué importaban los aldeanos?

Intentaron éstos negarse a sembrar en los campos cosa distinta de lo siembre sembrado. Rutinarios, rutinarios. Sabido es. De un atraso incalificable. Les llegaban los bienes en montón, y les volvían la espalda. No querían salir de su pobreza. No querían comer mejor, ni vestir mejor. ¿Cómo, con gestos semejantes, llegaría la prosperidad ?

La negativa — ¿hay que decirlo? — fué vana. Llegaron multitud de hombres de los que no parecían estar al servicio del banquero para obligar a los aldeanos a hacer lo que no querían hacer. Ni aun así lo hicieron. No era cosa de matarlos — su negativa era práctica —, ni de encerrarlos en prisión : se los dejó en paz. Y otros hombres vinieron, como si en todas partes sobraran, a hacer lo que ellos no querían.

Muchos de los aldeanos eran propietarios del pequeño trozo de tierra que cultivaban. Nada hay más sagrado que la propiedad, como se sabe, pero no siempre. Cuando es un banquero quien se alza contra ella, desaparece. No desaparece — hay que decir bien las cosas — pasa a sus manos. Deja de ser propiedad del que se ha alzado contra ella. El bien público — se dice así — lo exige. Qué bien público, no es decente averiguarlo. ¿Es que los que daban las órdenes que al banquero convenían, y los que las ejecutaban, no sabían de qué bien público se trataba? Era fácil advertir que no del bien, ni público ni privado, de los expropiados y de sus convecinos, pero todo lo fácil es simple. Las cosas importantes son complicadas, muy complicadas. La humanidad es lo primero. Nada con-

taban los aldeanos ante la humanidad. Tal vez murieran ellos : no hay prosperidad ante la humanidad. Tal deberían, a su muerte, bienes infinitos, que otros gozarían. La vida es eso : muerte de unos para que otros vivan.

Pronto el valle estuvo desconocido. No se distinguía antes por la limpieza. Pero su suciedad era natural. Sana, por tanto. Reinaba ahora en él una suciedad distinta. Y general. Las aguas, antes de llegar al fin de su curso, estaban ya emponzoñadas. Humo, humo de la fábrica a donde quiera que se dirigía la mirada. Y todo el valle, un pantano infecto, del que se desprendían miasmas mortíferos. Ningún obrero de los que trabajaban en la fábrica llegaba a los cuarenta años. Y antes que ellos morían, agotados, empestados, los que cultivaban las tierras. Los mismos aldeanos, que antes morían casi todos centenarios, desaparecían ahora en plena madurez. Aunque no trabajaran en la fábrica ni en los campos. Muchos habían preferido consumirse en silencio y no entregarse al enemigo. Otros, de voluntad más débil, huyeron de la muerte por hambre para morir de otro modo : menos resistentes a los venenos, por todo el valle extendidos, que los hombres de otros lugares llegados.

No había ya aire delicioso, ni dulce murmullo de las aguas, ni clima primaveral en pleno estío : hasta con éste había acabado el adelanto : no había más que olores nauseabundos, y aguas sucias, y plantas, las plantas que la fábrica necesitaba, roídas por todo género de insectos, nunca hasta entonces en el valle vistos. Campo en otro tiempo deleitoso, ahora maldito. La vida pobre, pero vida, de antaño, era ahora vida desolada, sin esperanza.

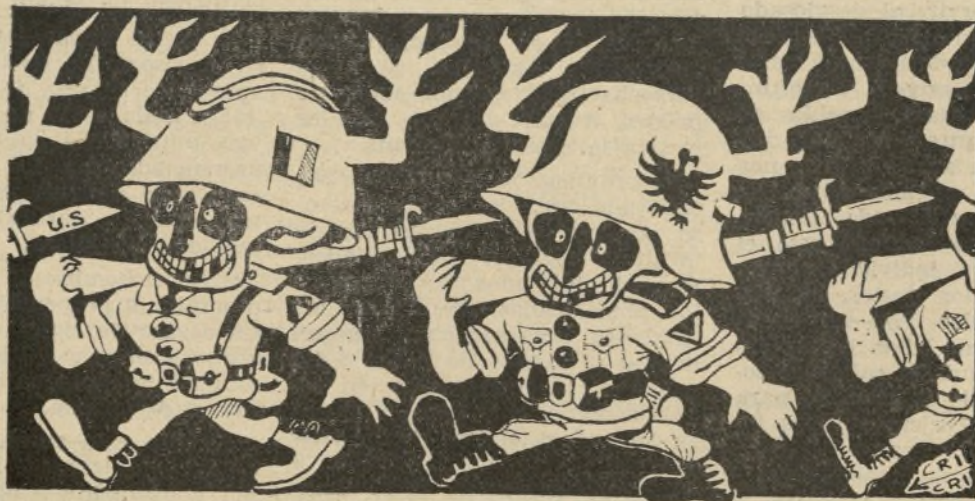
Nunca más había puesto los pies el banquero en aquellas tierras por su genio creador — como decían los periódicos — convertidas en cementerio. Quiso ver, porque no pasaba lejos de allí, en uno de sus paseos en automóvil, la fuente de riquezas con que por azar había tropezado. Ordenó, inmediatamente — tal era su humanitarismo, y los periódicos se cuidaron de pregonarlo — se alzara, al lado de la fábrica, un hospital más grande que la fábrica, en el que nada descubierto en el mundo, en cuanto a hospitales, faltara.

Llegaron al valle que ya no era valle otros ingenieros, y luego otros obreros, muchos, muchos obreros. Había que construir el hospital rápida, rápidamente. Tal era el deseo del banquero.

Toda una comitiva, presidida por un ministro, llegó para inaugurar el hospital, en pocos meses terminado. Hubo primero un banquete, con los brindis de rigor, y luego, para los otros, y los cultivadores, y los aldeanos a quienes picó la curiosidad, unas palabras del ministro. No improvisadas, estudiadas para la circunstancia. Vulgares, vulgares. Entre las cuales, hablando del banquero, éstas : « No es sólo uno de nuestros primeros hombres por su iniciativa, es también, y sobre todo, un filántropo. Ved qué espléndido regalo os ha hecho al país entero ».

Un aldeano viejo, viejo, al que la muerte, señora del valle, había respetado, por un capricho, sin duda, y que no era filósofo, ni economista, ni nada, sino un pobre hombre, y un buen hombre, comentó :

— Si no hubiera construido la fábrica, no habría tenido que construir el hospital.



MAZAZO A LA MASA

UN compañero, o ex compañero — ¿quién va a saber? — de los que se consideran el eje del mundo, dijo no hace mucho tiempo que los cenetistas estimábamos en mucho el concepto « masa ». Quienes desean a los hombres con ideas definidas, con concepciones justas y propias, no pueden, verdaderamente, sentirse capaces de presidir abultamientos humanos, de recrear un yo absurdo lacerando la dignidad de las personas por azar o por ignorancia arrebatadas. Suponer lo contrario, colocará al supositor en el ingrato terreno de la injuria.

Precisamente, lo más hermoso de nuestro carácter está en esta sagrada saña que ponemos en desarticular las aglomeraciones irresponsables, en despegar al individuo, a la partícula humana, de la masa, ese desagradable apiñamiento de seres deseosos de desaparecer en vida, en el agusanado limbo de la inconsciencia.

Como bandidos, como lobos hambrientos, los anarquistas descendemos al valle de la humanidad confusa cuyos integrantes se pisan unos a otros, se aprietan unos contra otros formando un payaso monstruoso venido a divertir, y a servir, al desglosado calculador y malévolo. Bajo el peso angustioso de la masa perece el amor a la especie, y confundidos entre la masa, perdidos en este desesperante laberinto que forman miriadas de cerros, nos avergonzamos y asustamos de haber venido a la vida. Contra el uniformismo humano está el perfil de cada individuo, están las pasiones, los gustos, las alegrías, los duelos. Por esto como bandidos, como lobos hambrientos, los anarquistas saltamos sobre el cuello de la sociedad para arrancarle, salvajemente, las individualidades que sean.

Mentira que el hombre haya nacido para ser pegado a otro y a otros hombres. Una vida nace, transcurre y se extingue independientemente de las demás.



Una existencia se engarza a otra a lo sumo para formar la cinta sutil que prolonga hasta el infinito el derecho de subsistencia de la especie. Nada de referencia normal ata a los hijos de madre que somos, unos a otros con la cola de la estupidez. Ninguna ley digna de respeto aglutina a los hombres con el menospreciable fin de anularlos y aniquilarlos por envilecimiento. Un pueblo puede ser cantera de notabilidades, de valores, pero no de sujetos autómatas. Decentemente, una colectividad puede subsistir limpia de gregarismos, libre de sometimientos. Las conciencias larvadas, o en apagón, pueden satisfacer a los pillos, no a las personas que en sus actos no pueden ocultar el cariño que les motiva la criatura humana.

El prejuicio masista puede ser cultivado como un frutal inmenso por un kaiser necesitado de infinitas legiones de soldados. Bien disciplinados, los súbditos, los amaestrados, los entes, las unidades desaparecidas, pueden marcar el paso — de la oca o del ganso — en monárquico, en republicano, en comunista o en nazi, que tal es el sino de las tristes voluntades que se hallan a gusto, o durmientes, en el almadel del Estado.

El individuo, solitario en la campaña, aprecia las artísticas

irregularidades del terreno, la multiformidad del arbolado, el vuelo de las aves y las tonalidades del día, según su particular manera de sentir. Las personas regimentadas, despersonalizadas, sometidas a una voz de mando, carecen de impresión propia por estar pendientes del capricho o de la conveniencia del ser imperativo que los guía. El hombre, fragmento de masa, el sujeto socialmente deshumanizado, no tiene vista, ni oídos, ni piernas, ni deseos. Es un instrumento, una cosa, un bulto, añadido a otro instrumento, a otra cosa; a otro bulto. Terrible drama el de las humanidades mínimas, el de las conciencias fosilizadas.

Pierda el hombre su cartera, su empleo y encima su novia, pero que guarde bajo siete llaves el tesoro de su personalidad, para evitar que lo burlen, lo esquimen y lo establen.

Guarde el individuo el brillo de sus ojos, el fuego de su corazón y la luz de su mente; para que le sea posible apartar de su paso, sencillamente, a los capitanes pintarrajeados, a los ambiciosos con disfraz de personas excelentes, a los tratantes en ganado humano, a los curas de Roma y a los bonzos de Moscú.

Se puede andar falto de dinero y poseer, no obstante, la inapreciable riqueza de la personalidad. Bella es la rapsodia de la vida musicada al gusto propio, y presenciada con los ojos de la cara y del espíritu que la madre, toda amor y naturaleza, en día señalado nos diera.

Huya el hombre de los rebaños, dinamite la propensión — mal de un atraso de siglos — al gregarismo y eleve y cultive su personalidad en homenaje a la superación de la raza.

Cuando esta revolución inicial se cumpla, la otra, la social, no por conveniente y agradable dejará de ser menos importante.

J. FERRER

« Habeas mentem »

SEAN cuales fueren los avatares de nuestra vida y de nuestro destino, los hombres viven cada día más, bajo la imperiosa fuerza de atracción de la libertad. Antaño, la libertad estaba encarnada en el mito de la libertad. El mito de la libertad aparecía acaso como suficiente para asegurar ciertos perfiles que bastasen para que el hombre hallara las dimensiones justas para su necesaria integración política y social. Pero el mito de la libertad engendraba fatalmente el fin de la libertad misma. Simbolizado por algunas conquistas elementales, de carácter externo, llegaba un momento en que ya no era suficiente la garantía de una dimensión corporal en la libertad concreta del hombre. El « habeas corpus », propugnado por los ideólogos, discutido por los « clubs » y conquistado por las Asambleas y los Parlamentos, se mostró, en definitiva, insuficiente para una conquista real de la libertad, al servicio del hombre.

No es extraño, a todo esto, la situación contradictoria del hombre proyectado en su destino en cuanto libertad. El « habeas corpus » ya no representa nada en cuanto conquista espiritual del hombre, puesto que nuevos, insidiosos peligros amenazan gravemente su otro tipo de integridad: la integridad de su ser como mente. Por otra parte, sus mismas dimensiones sociales y políticas se han reducido a la nada, precisamente en función de este nuevo tipo de peligros. Por ello, se hace cada día más imperiosa la exigencia de que el « habeas corpus » sea ya, si no sustituido, completado y continuado en un plano real y concreto por un « habeas mentem ». A saber, por una defensa sacral del espíritu ante las embestidas de todas las formas de tiranía contra sus esencias. Algo de ello preveía quizás hace ciento cincuenta años Thomas Jefferson, en plena vigencia de la mentalidad del « habeas corpus », al hablar de la tiranía sobre la mente del hombre. « He jurado — decía — adversidad eterna hacia cualquier forma de tiranía sobre la mente del hombre. »

Integrado en unas dimensiones del espíritu y en unas formas sociales que llevan derecho hacia un mundo de construcciones utópicas, el hombre no se siente seguro y en paz con sólo preservar su cuerpo y con garantizar su libertad externa, contra las agresiones incesantes del mundo que le ro-

dea. En el marco de la utopía, el hombre hace cada vez más suya la estremecedora frase de Hobbes, eterno leit-motiv del moderno Leviathan: « El miedo y yo somos inseparables ». Bajo el imperio del miedo, que invade desde todas partes las manifestaciones del espíritu del hombre contemporáneo, en la literatura, en el teatro, en el arte, en la música, en la metafísica, en las agobiantes preguntas que se formulan sin cesar ante las nuevas revelaciones que el mundo nos hace en cada instante, el hombre necesita otro tipo de garantías en cuanto se refiere a su libertad... Así nos explicamos que Aldoux Huxley, hombre de nuestro tiempo, y que en nuestro tiempo, en « su » tiempo, descubre como algo característico un sentido de caída en un destino utópico, hable por vez primera, en términos mucho más conscientes y explícitos de lo que lo hacía Jefferson al principio del pasado siglo, de la necesidad de asegurar al hombre nuevas garantías de libertad, en otro orden de cosas que hasta ahora. Aldoux Huxley habla por primera vez de la necesidad de conseguir para el hombre de su tiempo las garantías de un « habeas mentem ». Es curioso que lo hace precisamente en su utopía, en lo que él llama un « mundo feliz » descubierto por el gran escritor inglés hace más de treinta años, y vuelto a « visitar » en estos últimos tiempos, poblados de cosmonautas, de nuevo sastros y de nuevos monstruos, y conmovido por conquistas técnicas y biológicas nuevas y espeluznantes.

Hace tres decenios, Huxley se consentía a sí mismo la libertad intelectual de tratar con humor, ironía y sarcasmo el « mundo feliz » que se acercaba a los hombres y los entrenaba en su loca fuga hacia un universo de evasiones. Cuando el escritor vuelve a ver este « mundo feliz », abandona el tono de antaño. Ante las perspectivas, convertidas ya en candente actualidad, de sus profecías precedentes, Huxley abandona su tono humorístico y en buena parte su esencial optimismo. Entretanto, la humanidad ha sufrido cambios profundos. De ellos se percata en formas dramáticas el otro Huxley, famoso biólogo, Julián, hermano del escritor. La población del mundo ha crecido en proporciones ignoradas hasta ahora, el mundo de la utopía se nos ha acercado por fenómenos tales como la superorganización, el enorme y malé-



fico poder de la propaganda, « el lavado de cerebro », a escala insospechada, los nuevos procedimientos de « persuasión química », « persuasión subconsciente » y de « hipnopedía », « la mayor fuerza moralizadora y socializante de nuestro tiempo », según la visión de antaño del « Brave New World ».

Pero no es éste el aspecto más trágico en el destino del hombre, que en la marcha hacia la utopía convierte esta misma utopía en su propia realidad y en este marco se halla en permanente trance de perder su libertad. La utopía adquiere, según Huxley, dimensiones trágicas en cuanto deja de ser utopía. Por vez primera en su espíritu nace la pregunta inquietante : ¿Qué hacer? Desde hace siglos el hombre ha luchado, contesta el propio Huxley, por su libertad externa. Su triunfo ha consistido, en buena parte se ha limitado, en inscribir en el texto de sus constituciones el famoso « habeas corpus », nacido modernamente en la

mente inglesa y que ha hecho su largo viaje a través de las Cartas fundamentales de toda la tierra. Pero hoy, el mismo hombre que ha logrado conservar y garantizar su libertad física puede, incluso fuera de las cárceles que están poblando el planeta y que dan testimonio de la tiranía, convertirse en un trágico prisionero, un prisionero psicológico, un ser con la mente encarcelada, limitada, mutilada por miles y miles de medios de presión, sometida a una esclavitud « rigurosamente objetiva ». Por ello propugna Huxley, al lado de las fórmulas viejas ya del « habeas corpus », una adecuada formulación social y jurídica del « habeas mentem ». Conquistar esta nueva prerrogativa, hacerla penetrar no sólo en los textos legales, sino en los espíritus y en la realidad de la vida, de ello depende el destino de la libertad y el porvenir del hombre.

USCATESCU

DOCUMENTOS

«Para nadie era un secreto que los elementos revolucionarios venían preparando un alzamiento para rescatar la República. Alguien me ha dicho que yo tuve la culpa del movimiento; así es, en efecto. Yo tenía la seguridad de que estaban en camino armamentos, municiones y que se preparaban las masas para lanzarlas a la Revolución, y en aquellos momentos, en que yo veía la sangre que se iba a derramar, me hice esta cuenta: Puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad, si no entro en el Gobierno. ¡Ah!, pero entrando ¿revienta la revolución? Pues entonces que estalle antes que caiga sobre todos nosotros, antes de que nos ahoguen. Y eso fue lo que hizo Acción Popular: «Imponer el aplastamiento implacable de la Revolución». El día que la gente conozca todos los peligros de aquellos días, se comprenderá el servicio que hemos realizado los hombres de derechas, y cuantos nos ataquen por haber aceptado el Poder no son más que aliados de la más infausta de las Revoluciones.»

Del discurso que hizo Gil Robles ante el Parlamento después de los sucesos de Asturias, octubre de 1934.

POETAS DE AYER Y DE HOY

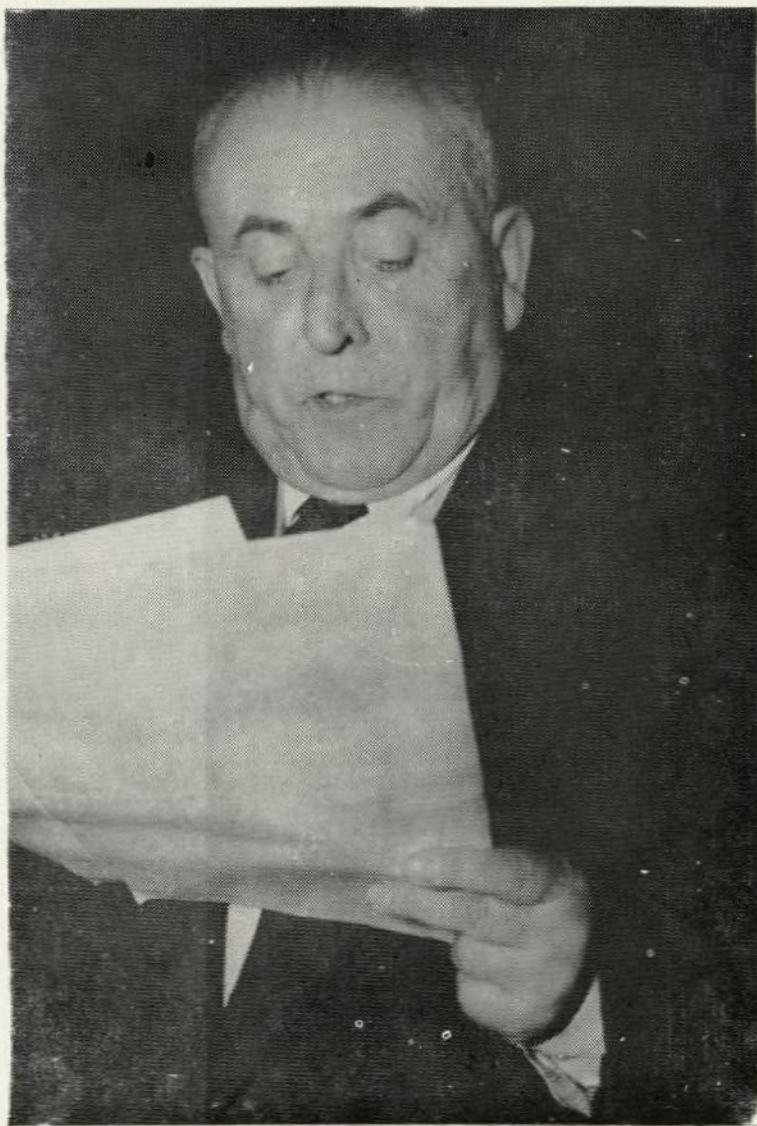
Mutación

Se revuelca delante de la aurora,
a la que mira a veces con espanto,
autómata cegado en una hora
de tenues resplandores,
que la alondra ilumina con su canto.
Ve junto a sí una hembra que esclaviza,
porque son sus amores,
desanogo de un mundo que agoniza.
Es peor que una bestia,
porque la bestia besa libremente,
y él es para su esclava una molestia :
la toma bruscamente,
como si allí también el amo controlase,
los minutos exactos de la vida,
igual que allá en la fábrica ruidosa.
La arrogancia perdida,
un ser que cual oruga se arrastrase,
así es el hombre convertido en cosa.
No es un héroe ni un hombre siquiera,
consecuencia de un torpe vivir,
ni tampoco una mente que piensa,
sino aborto de un mundo senil.
Nace ya con las barbas canosas
y se para un momento a sentir,
pero lleva bencina en las bolsas,
y se agita como una lombriz.
Es esclavo de impulsos cobardes
que lo tienen atado al redil,
sólo escucha las voces infames
de los amos que lo hacen sufrir.
Nunca sabe los fines que tiene
el afán de su lucha febril;
víctima y victimario, sostiene,
su desprecio a un futuro feliz.
Todo él es una cadena
con motor que lo echa a roncar,
y hasta el Sol sale ya con pena
de alumbrar tanta indignidad.
Bufa buscando tenaz
las huellas de una insufrible
adoración de fantasmas.
Vasija de fanatismos, falaz,
como un sueño vano,
conquista hediondos efluvios de las
miasmas del pantano.

COSME PAULES



«Hay quien grita ¡hechos, hechos! lo que equivale a gritar en la plaza : ¡caballos, caballos! olvidan que eso de gritar no es ningún hecho y que el pobre caballo blanco es el que paga con la vida el grito ».



Obras de Alaiz

«Quinet»

5 frs

«Tipos españoles»

5 frs